

CABALLERO SIN REPOSO:
JORGE ISAACS EN EL SIGLO XIX
COLOMBIANO

Marco Palacios
El Colegio de México

Jorge Isaacs (Cali, 1837-Ibagué, 1895),¹ autor de *María* (1867), que desde su aparición ha sido una de las novelas hispanoamericanas más editadas y populares, hombre de letras, político y negociante, fue un “romántico de lo práctico”.² En su persona reunió el talante y los modales del aristócrata y una incesante actividad en pos del éxito pecuniario y político que pudo ser renovadora y hasta bur-

Fecha de recepción: 15 de agosto de 2011

Fecha de aceptación: 2 de octubre de 2011

¹ Las introducciones y notas de pie elaboradas por Donald McGrady, María Teresa Cristina y Flor María Rodríguez-Arenas, en sus respectivas ediciones críticas de *María*, citadas adelante, han sido mis principales guías de lectura de la novela. También me han sido útiles los prólogos de Enrique Anderson Imbert, *María*, México, Fondo de Cultura Económica, 1951 y Gustavo Mejía, *María*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978. En las citas, o alusiones a la novela, menciono únicamente el capítulo correspondiente. Para la filmografía de la novela véase MORENO GÓMEZ, “Jorge Isaacs y su obra en el audiovisual”.

² Empleamos esta afortunada expresión en OSPINA VÁSQUEZ, *Industria y protección en Colombia*, pp. 10-11.

guesa. Aunque el vocablo caballero se ha generalizado para describir y analizar las estrategias de dominio y las formas de ser y actuar en público de los miembros de la oligarquía colombiana, el concepto sigue siendo elusivo en la historiografía.³ En la conjunción de lo público y lo privado puede discernirse la cuestión, y en este ensayo nos guiará la parábola vital de Isaacs.⁴

En el siglo XIX, el victoriano fue el estereotipo del caballero que, entre otros, popularizaron Verne y su Phileas Fogg en *La vuelta al mundo en ochenta días* (1872) y que, en realidad, no era representativo de la transformación en caballero del empresario industrial inglés de la época.⁵ Puesto que Colombia atravesó el siglo XIX y el primer tercio del XX siendo país eminentemente preindustrial, los atributos económicos del caballero se circunscribieron a lo mercantil (tratar con mercancías en lugar de fabricarlas), aunque en las décadas de 1830 y 1840 no faltaran en Bogotá los caballeros manufactureros.⁶

Una primera aproximación al tema de los nexos del autor y su obra saca a relucir el contraste del criticismo de

³ Véase, por ejemplo, BERGQUIST, *Café y conflicto en Colombia*. El autor divide la contienda en “La guerra de los caballeros”, pp. 153-181 y “La Guerra de Guerrillas”, pp. 182-224; WILDE, *Conversaciones de caballeros*, y BRAUN, *Mataron a Gaitán*.

⁴ Propuse esta línea de conjuntar público y privado en el estudio de las clases altas colombianas en PALACIOS, “La clase más ruidosa”, pp. 113-156 y en “Los felinos del canciller”, pp. 414-425.

⁵ Véase, por ejemplo, COLEMAN, “Gentlemen and Players”, pp. 92-116.

⁶ Sobre los manufactureros de clase alta en Bogotá, véase SAFFORD, “Commerce and Enterprise in Central Colombia”, pp. 38-63, 142-178. En un plano comparativo resulta útil el artículo de WILKINSON, “The Gentleman Ideal”, pp. 9-26.

María y la escasa información sobre Isaacs, quien “sigue siendo en gran parte un desconocido”, como dice María Teresa Cristina.⁷ Para enmendar el entuerto ella misma se ha puesto a la cabeza de un postergado proyecto de publicar una edición crítica y anotada de sus *Obras Completas*, del que tenemos 5 tomos de los 12 anunciados. A más de su obra literaria (*María*, poesía, teatro, traducciones, recopilaciones de coplas), el plan de las *Obras* incluye artículos periodísticos, correspondencia personal, ensayos y escritos político-administrativos.⁸

Si bien Isaacs logró en *María* el punto más alto de su expresión literaria y la obra contiene un fuerte elemento autobiográfico, no alcanzaría a dar cuenta del papel social y político que desempeñó y menos aún de sus cambios de pulsión expresiva o de tendencia ideológica. No ofrece, pues, materia suficiente para comprender las transformaciones de su visión del mundo que, después de publicada, marchó más al compás de los sueños, confinamientos y desórdenes de Colombia, aunque a contracorriente de un proyecto de orden político cada vez más conservador, la Regeneración (1878-1900), que habría de conducir al país a una de las guerras civiles más devastadoras, la de los Mil Días (1899-1902).

GOCE HOMÉRICO, ROMANTICISMO, LÁGRIMAS

Para fruición de los lectores de *Eco. Revista de la cultura de Occidente*, patrocinada durante un cuarto de siglo

⁷ ISAACS, *Obras Completas*, vol. I, *María*, p. xvii.

⁸ ISAACS, *Obras Completas*, vol. I, *María*, p. xix.

(1960-1984) por la Librería Buchholz de Bogotá, Emir Rodríguez Monegal presentó en 1980 “Vindicación de la *María* de Jorge Isaacs”, nota de crítica “deleitosa y hasta polémica” que Jorge Luis Borges había publicado en la revista femenina *El Hogar* de Buenos Aires en 1937. Comentó el presentador que en los años treinta en la gran urbe sudamericana había un público de mujeres para la crítica literaria y que “las señoras de sociedad eran más cultas que sus maridos y amantes que leerían (si sabían leer) *El Gráfico* u otras revistas de deportes”. De pasada informó que por 1936-1939 el escritor argentino era “no sólo muy adelantado para su época, sino positivamente católico”.⁹

En unas mil palabras, Borges presentó una síntesis anticipatoria y penetrante de centenares de páginas vertidas en posteriores estudios especializados sobre *María* que, con pocas excepciones, dieron por sentado que fue la única obra importante del autor. Sólo para acentuar el punto, baste seguir los conceptos contrapuestos de Miguel Antonio Caro, Donald McGrady y María Teresa Cristina, conocedores de la obra literaria de Isaacs, en torno a la calidad de su poesía comparada con la novela.¹⁰

⁹ RODRÍGUEZ MONEGAL, “Borges, lector de *María*”, pp. 106-107.

¹⁰ MCGRADY, “La poesía de Isaacs”, pp. 419-480; ISAACS, *Obras Completas*, vol. II, t. I, *Poesía*, pp. xxiii-lxxiii. Precisamente refiriéndose a este asunto Miguel Antonio Caro subrayó en un texto publicado en 1886-1887 que “el señor Isaacs es conocido en Colombia y en otras regiones hispanoamericanas como novelista y poeta, mejor dicho, como poeta exclusivamente, porque *María* no es una novela (y si como tal se juzgase, sería una mala novela); es un idilio, un sueño de amor, como es idilio en prosa, y modelo de todos los demás, el *Pablo y Virginia* del inmortal Saint-Pierre, como es idilio en verso, menos puro y sencillo que aquél, el *Jocelyn* de Lamartine. Isaacs es distinguidísimo poeta lírico.

Después de contarles que había leído *María* “sin dolor”, en una sentada de seis horas y media, Borges dejó a sus lectoras dos tesis a considerar: primera, que “descontada la fábula central, los rasgos y el estilo de la novela no son en exceso románticos”. Como ejemplos de sobriedad citó el tratamiento de la esclavitud y la cacería del tigre. La novela encerraba muchos “agradados singulares” como “los de un color local –y temporal– que se aproxima lo bastante para la comprensión y que difiere lo bastante para el asombro” y “el goce homérico de Isaacs en las cosas materiales”. Segunda, apoyándose en “cierta enciclopedia hispanoamericana” (la *Espasa*, quizá), puso de relieve la sangre criolla y judía del colombiano, “dos sangres incrédulas”, poco “románticas”; pasó luego a enumerar los principales cargos públicos que ocupó Isaacs y destacó la dedicatoria de uno de sus poemas (“Saulo”) al presidente argentino, general Julio A. Roca, quien “mandó hacer una edición de lujo en Buenos Aires”. Concluyó que el colombiano era “un hombre, en suma, que no se lleva mal con la realidad. Su obra –he aquí lo capital– confirma ese fallo”.¹¹

Antes, en 1921, Alfonso Reyes había presentado a la revista madrileña *La Pluma* las cartas de Isaacs a Justo Sierra. Su tono difiere un tanto del de Borges; subraya el asunto lacrimógeno del escritor y su novela: “Jorge Isaacs toma la pluma –y al punto se le saltan las lágrimas. Y cunde por América y España el dulce contagio sensitivo, el gran

Algunas de sus poesías, y sobre todo el canto al río Moro, son verdaderas inspiraciones, que figuran con honor en el parnaso colombiano”. En CARO, “El darwinismo y las misiones”, p. 1052.

¹¹ BORGES, “Vindicación de la ‘María’ de Jorge Isaacs”, pp. 108-110.

consuelo de llorar”. En todo caso, Reyes no ocultó su admiración por el colombiano:

Caudillo liberal, escritor doliente, hombre de aventura y de ensueño, vive peligrosamente y muere en la pobreza –como muere la gente honrada– buscando unas utópicas minas en unas tierras inexploradas y salvajes, con la ambición de dejar cierto bienestar a los suyos. Los editores lo han robado. Sus enemigos políticos lo persiguen. Pero él tiene fe en la bondad humana, porque le rebosa el corazón.

En nuestras combatidas tierras de generales y poetas ¡gozan y sufren tanto los hombres! A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida. ¡Qué espectáculo el de América, amigo mío! Aquéllos caen de muerte violenta, y éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo. «Poetas y generales», decía Rubén Darío. Y algunos, que sólo quisiéramos ser poetas; acaso nos pasamos la vida tratando de traducir en impulso lírico lo que fue, por ejemplo, para nuestros padres, la emoción de una hermosa carga de caballería, a pecho descubierto y atacando sobre la metralla.¹²

Isaacs y su *María* aparecen en otro importante registro mexicano de la década de 1920: en el panel *Los Sabios* (4.33×1.53m) de Diego Rivera, empotrado en la pared norte del tercer nivel del Patio de las Fiestas de la Secretaría de Educación Pública. Comenzando por el nombre, el artista caricaturizó a los intelectuales, separados, según él, de los campesinos, obreros y soldados revolucionarios que,

¹² *Obras Completas de Alfonso Reyes*, t. IV, p. 327.

sonriendo, los miran con sorna desde la parte superior: el poeta José Juan Tablada; la celebrada recitadora argentina Berta Singerman, Rabindranath Tagore, escritor hindú por entonces muy admirado en América Latina; José Vasconcelos, sentado sobre un elefante blanco, literal y figurativamente de espaldas al país, y el educador Ezequiel A. Chávez, apoltronado sobre cinco gruesos tomos en cuyos lomos están escritos los nombres de otros “sabios” también ajenos a la realidad mexicana. De arriba abajo: “Augusto Comte. *El positivismo*”; “Herbert Spencer. *Opera Omnia*”; “John Stuart Mill. *Darwin*”; “*Catálogo general de nombres de teorías*”; “Gladstone-Churchill y *María de Jorge Isaacs*”. Aunque Rivera señala que son obras y autores desuetos, no deja del todo claro qué tanto desorientaron a Chávez en la forja del México revolucionario.¹³ Lo que resulta incuestionable, y subrayamos, es el amplio espacio ideológico que aún parecía ocupar *María*.

Ahora bien, aunque parezca razonable dejar al criticismo de la novela la primera de las dos tesis borgianas y abocarnos a explorar las condiciones sociales que pudieran explicar la segunda, es difícil partir el asunto de un modo tajante. En la proposición “Isaacs no se llevaba mal con la realidad” habría que discernir qué papel tuvieron en la percepción y comprensión de la “realidad” las socializaciones del niño (Cali, Popayán, Bogotá), la formación literaria del adolescente en Bogotá, la politización precoz en un polo y, en el otro, por qué murió pobre, como la gente honrada, al decir de Reyes. Con estos preliminares, pasemos al siglo de Jorge Isaacs.

¹³ Véase *Guía*, p. 118.



MOVERSE EN EL MUNDO

El siglo XIX convirtió el ideal Ilustrado del progreso en una fe y a la burguesía en la clase medular de las naciones. “Hacer carrera” fue la norma: “la vida burguesa es, antes que otra cosa cualquiera, una carrera. Encuentra su justificación principal o exclusiva al avanzar en logros, rango, reputación, o riqueza. De ahí se dedujo que el universo hacía lo mismo: el mundo se caracterizaba por su movilidad ascendente”.¹⁴ En la Colombia bolivariana, los caballeros también hacían carrera. Y a eso llegó a la joven República el padre de nuestro poeta. Inglés, jamaiquino y judío, Henry George Isaacs Adolfous desembarcó en 1822, proveniente de Jamaica, uno de los grandes centros del régimen de esclavitud de las Américas. El bagaje le allanó caminos a la buena sociedad de Quibdó, centro de negocios mineros en la frontera esclavista caucana. De manos del propio autor de *La Carta de Jamaica* recibió la carta de naturalización colombiana; hizo la conversión al catolicismo romano y se casó con Manuela Ferrer Scarpetta, hija de un catalán, oficial de la Marina de Guerra española, y de una dama del Cauca. En pocos años amasó fortuna en el comercio de oro y, con su familia, pudo trasladarse a Cali donde cambió el giro de los negocios combinando, como era usual, el comercio y las actividades del hacendado vallecaucano. Al comenzar la década de 1840 don Jorge Enrique se había convertido en una figura respetada de la clase alta, tan orgullosa de los abolengos, y cumplía las ta-

¹⁴ GELLNER, *El arado, la espada y el libro*, pp. 126-127.

reas que correspondían a su rango en los campos de la política, los negocios y la vida en sociedad.¹⁵

Así, pues, entre algodones discurrieron la infancia y primera adolescencia de Jorge Isaacs. Pero, puesto en movimiento desde muy niño, su vida marchó bajo el signo de la separación y el retorno: de los padres, de la esposa e hijos, de la tierra natal y, al final, de los altos círculos sociales y literarios. Este péndulo, expresión pura del movimiento, era, asimismo, el de las clases altas del XIX cuando pagaban el precio de aburguesarse. En un boceto autobiográfico,¹⁶ recordó que lo enviaron de Cali a Popayán a estudiar en la reputada escuela del señor Luna y que en 1848 (el año emblemático de una segunda revolución francesa),¹⁷ subió a Bogotá, a 2 600 msnm, a cursar la secundaria en el Colegio del Espíritu Santo donde estudiaban sus hermanos Lisímaco y Alcides. La capital era un hervidero de ideas, intriga política y agitación social alrededor de los temas del momento: las relaciones de la Iglesia y el Estado; los padres jesuitas; la desamortización de bienes eclesiásticos; el centralismo y el federalismo; la abolición de la esclavitud; la protección o el libre comercio; el contenido social de la República constitucional; *Los Misterios de París* y el *Judío Errante* de Eugenio Sue.

¹⁵ *Sociedad y economía en el Valle del Cauca*; ESCORCIA, *Desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, t. III, pp. 27-28, 36-40, 113-115. Henry Isaacs figura entre los prestamistas del Gobierno Nacional en las *Memorias de Hacienda de 1845*.

¹⁶ Este muy conocido y citado documento se puede consultar en <http://dintev.univalle.edu.co/cvissacs/Isaacs/biografia-a1.htm>

¹⁷ Véase LIDA, "The Democratic and Social Republic of 1848", pp. 46-75.

Los hermanos Isaacs ingresaron a una institución de pedagogía experimental, obra de Lorenzo María Lleras, connotado liberal desde los tiempos de Santander en la década de 1830, patrocinador y amigo de las primeras sociedades de artesanos a mediados de siglo. También puede considerarse el Colegio del Espíritu Santo como una de las tantas aventuras empresariales que acometían los bogotanos y nadie debió sorprenderse de que cerrara sus puertas a principios de 1852 por motivos de caja menor y de que Jorge y sus condiscípulos no tuvieran más remedio que moverse al San Buenaventura de Luis M. Silvestre, un tanto conservador, o al egregio San Bartolomé, sin jesuitas por el momento.

La historiografía actual se interesa principalmente por los contenidos de los planes de estudio, de los que destaca el exceso retórico y especulativo, o por los contextos sociales y políticos, de los cuales subraya que terminar la secundaria perdió sentido práctico cuando entró en vigor la “Ley de libertad de enseñanza plena” (1850), que suprimió títulos universitarios para ejercer las llamadas profesiones científicas, aboliendo de paso las propias universidades.¹⁸ Los contemporáneos prefirieron registrar el valor de los símbolos y rituales sociales implícitos en el sistema educativo. Así, Cordovez Moure describió las diferencias de los uniformes de los estudiantes del Espíritu Santo y los del San Buenaventura. Lujoso, de frac y pantalón de paño azul oscuro y chaleco de piqué blanco, el primero, “aprisionaba a los muchachos dentro de vestidos incompatibles con su edad”; lo mismo pasaba con el uniforme del San Buenaventura que, sin embargo, adoptó el de los alumnos de la

¹⁸ Por ejemplo, DAVIS, “Education in New Granada”, pp. 490-503.

Universidad de Oxford: toga, birrete, chaqueta y pantalón de paño negro, guantes blancos de cabritilla.¹⁹

En 1853 Jorge Isaacs debió regresar a Cali a enterarse de que su padre, jugador empedernido, había dilapidado la fortuna familiar y en consecuencia quedaba malogrado el plan de marcharse a Inglaterra a estudiar medicina. Como algo natural de su condición social, escopeta en mano y todavía muchacho, salió a defender la Constitución de 1853 contra José María Melo, el militar golpista (1854) dracónico, aliado de los artesanos.²⁰ Así obtuvo su primer grado en un escalafón sobreentendido en el que los caballeros colombianos iban ascendiendo con la mera intervención en sucesivas guerras civiles; “diversiones”, “fiestas”, “el sublime deporte del pueblo”.²¹ Contrajo matrimonio en 1856 y afrontó las nuevas obligaciones dedicándose al comercio o a servir en cualquier empleo público disponible. En las guerras siguientes, recorriendo el país, amplió sus redes políticas. Participó en la de 1860 contra Mosquera y en defensa del presidente conservador Mariano Ospina Rodríguez; en la del 76 combatió del lado liberal radical caucano; en la de 1880 fue el autoproclamado jefe del radicalismo en Antioquia, dio un golpe de Estado al que siguió una guerra de poco más de un mes que terminó en su derrota y humillación; en 1885 libró su “última aventura” en el Tolima.

¹⁹ CORDOVEZ MOURE, *Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá*, pp. 38-39.

²⁰ La aventura de Melo duró poco menos de un año. Desterrado de Colombia en 1855, recorrió Centroamérica y terminó luchando con las tropas juaristas en la frontera con Guatemala. Fue fusilado por los conservadores cerca de Comitán, Chiapas, en junio de 1860.

²¹ LLERAS CAMARGO, *Memorias*, p. 34.

Don Jorge Enrique falleció en 1861; puesto que Lisímaco, el primogénito, había muerto en 1852, ordenó en el testamento que Jorge se pusiera al frente de una mortuoria agobiada de deudas. Para completar el cuadro, por el resto de su vida habría de padecer severas acometidas de fiebre palúdica, muriendo en una de éstas, secuela de la malaria pescada en las riberas del Dagua en 1864 o 1865 cuando fungía de subinspector del Camino a Buenaventura y empezaba a escribir la novela. Los males no llegan solos. Mal manejadas La Rita y Manuelita (bautizada en nombre de Manuela Ferrer, la madre de Isaacs), haciendas que Jorge Enrique había comprado en 1840, fueron subastadas judicialmente en 1864 para saldar deudas; así las adquirió Santiago Eder, el “fundador” de una prominente estirpe de empresarios vallecaucanos.²² Venta amarga. Jorge se sintió engañado (conforme a la ley, el oferente pagó dos tercios del valor comercial, que no alcanzaron a cubrir el pasivo) y quedó resentido como deja traslucir en la novela (cap. XXXIII). Evaporada la herencia entre papeles y trámites judiciales,²³ la familia de Jorge Isaacs debió acostumbrarse a vivir al día sin perder las apariencias ni el orgullo del rango social.

ROMÁNTICOS CRIOLLOS

¿Cómo abordar la parábola existencial de este autor colombiano? Para empezar una respuesta, atendamos la observación de Anderson Imbert sobre el papel de los “ro-

²² La versión posterior de los Eder sobre el asunto se encuentra en EDER, *El Fundador*, pp. 82-87.

²³ VALENCIA LLANO, “La actividad empresarial de Jorge Isaacs”, pp. 4-5.

mánticos criollos” hispanoamericanos, más civilizadora que estética: “las armas, por literarias que parecieran, eran para usarlas por fuera de la literatura en la guerra entre tradición y progreso”.²⁴ Frente a la hipótesis, pierde fuerza la propuesta según la cual después de 1867 Isaacs habría caído en la “esterilidad literaria” y, apenas cumplidos los 30 años, “languideció la *Weltanschauung* romántica” que lo había poseído sin que fuera consciente.²⁵ No tiene, pues, mucho sentido poner la lápida literaria en ese punto de la vida de Isaacs ni evadir el asunto de la formación nacional así hubiera sido en “colonijaje”. En los tiempos de Isaacs las armas de la crítica eran una cara de la moneda; la otra, la crítica de las armas, para ponerlo en el conocido apunte de Marx; nuestro autor dejó testimonio de su determinación político-militar en un memorial político personalista, irritante y sectario, de más de 400 páginas: *La revolución radical en Antioquia* (1880). Esto nos lleva a enfocar la fecundidad del panfletista y orador; del militante ambicioso que se consumió en el fervor a una causa política. Hay que resaltar, sin embargo, el juicio de historiadores de la literatura y el pensamiento del siglo XIX según el cual Colombia quedó a la zaga en el ámbito de una América Latina en pos de la modernidad. Más conservador y arcaico, cuando no abiertamente reaccionario, el país oficial marcó el paso a las letras.²⁶

²⁴ ANDERSON IMBERT, *Historia de la literatura hispanoamericana*, p. 237.

²⁵ MEJÍA DUQUE, “Jorge Isaacs y la cosmovisión romántica en María”, pp. 55-56.

²⁶ JARAMILLO URIBE, “Algunos aspectos” y CAMACHO GUIZADO, “La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, p. 682.

La conjunción de novela y nación, bosquejada en la segunda mitad del siglo XIX colombiano, adquiere pleno sentido en el XX. Históricas, nación y novela cambian con el trascurso del tiempo. A este respecto se sostiene que al ser *María* un “producto arquetípico de la sofisticada tradición de la cultura escrita del Cauca”, apuntaló un proyecto nacional conservador escaso de novelistas, aunque el mismo José María Vergara y Vergara ya había consagrado *Manuela* (1858) de Eugenio Díaz como “la novela nacional”, pues desarrollaba el tema de la división política en el ámbito del “mosaico de costumbres” granadino-colombianas.²⁷ El año en que apareció *María* ya se habían publicado más de 52 novelas de autores colombianos²⁸ que parecieron tener un impacto muy limitado en la formación de la identidad nacional. *María*, “novela sentimental y de costumbres campesinas”,²⁹ “idilio retrógrado”,³⁰ apolítica por antonomasia, no calificaría entonces de “nacional”, al menos con los atributos de *Manuela*.³¹

Sin embargo, en la novela de Isaacs hay historia y nación suficientes.³² Baste pensar en el papel de Bogotá que, al igual que en la vida del autor, aparece velado e intermi-

²⁷ WILLIAMS, *The Colombian Novel*, pp. 30-31 y 152.

²⁸ RODRÍGUEZ-ARENAS, “La representación de Efraín entre la masculinidad y la sensibilidad en *María* de Jorge Issacs”, pp. xxix-xxx.

²⁹ SANÍN CANO, *Letras colombianas*, p. 110.

³⁰ SOMMER, *Ficciones fundacionales*, p. 41.

³¹ Sin entrar en el problema álgido del canon literario nacional, sugiero comparar sucesivas formas de recepción de *Manuela* en los últimos 50 años: NÚÑEZ SEGURA, *Literatura colombiana*, pp. 273-277; COLMENARES, “*Manuela*, la novela de costumbres de Eugenio Díaz”, pp. 145-159 y ESCOBAR, “*Manuela*, by Eugenio Díaz Castro”, 2009.

³² SOMMER, *Ficciones*, pp. 23 y ss.

tente. En la capital política del país, que se presenta al comienzo de la obra, se plasman los elementos de la nueva persona en que se ha convertido Efraín cuando regresa a su valle nativo en “los últimos días de un lujoso agosto” (cap. II). En Bogotá había formado su biblioteca (cap. XXII), fuente de las prebendas que da la autoridad intelectual en el círculo íntimo de la familia y los amigos.

—Hombre, su hijo de usted vive aquí como un rey —dijo don Jerónimo [el papá de Carlos, el amigo-rival de Efraín, MP] a mi padre; éste le repuso, a tiempo que daban vuelta al grupo de naranjos para tomar el camino de la casa:

—Seis años ha vivido como estudiante, y le faltan por vivir así otros cinco cuando menos (cap. XXVII).

Los jóvenes de la clase social de Efraín (y de Isaacs, por supuesto) debían viajar a Bogotá a educarse; a socializar o resocializar en los valores de la política nacional y adquirir la urbanidad concomitante.³³ Más tarde, y si tenían los medios económicos, “cruzaban el charco” y completaban el periplo educativo.³⁴ De Europa y Estados Unidos volvían “perfeccionados”.

La acción de *María* discurre en dos constructos fundamentales de la globalización del siglo XIX: el rural-urbano y el de nación-mundo. Valga decir que el cuadro caucano era un extremo de la “fragmentación regional de las clases dominantes”, en particular por el fardo de la herencia co-

³³ PALACIOS, “La clase más ruidosa”, pp. 125-132.

³⁴ Sobre el papel de los viajes a ultramar en las actitudes de las élites, véase SAFFORD, *The Ideal of the Practical* y MARTINEZ, *El nacionalismo cosmopolita*.

lonial localista que no les permitió dar un contenido moderno y capitalista a la “nación inventada” de suerte que a lo largo del siglo no consiguieron resolver el problema de la “hegemonía” en el sentido de Gramsci.³⁵

Aunque el idilio avanza primordialmente en el espacio físico de una casa de hacienda (la “casa de la sierra” de la novela es, realmente, la casa de la hacienda El Paraíso que Jorge Enrique Isaacs compró en 1855 y vendió en 1858),³⁶ en la periferia aparecen personajes representativos del cuadro social caucano, como el administrador de aduanas de Buenaventura, en un extremo, y, en el otro, los bogas del río Dagua. En el entorno más cercano a la casa retoñan los primeros gérmenes de la colonización antioqueña en el Cauca y se anticipan algunos de sus estereotipos.

La historiografía registra los contrastes de la “formación nacional colombiana”. Mientras la economía ha investigado productivamente el tema de la lenta y difícil formación del mercado interno a mediados del siglo XIX, la política acentúa, por el contrario, la fuerza y capilaridad social de los partidos en completar el ciclo de formación de una entidad política moderna que emergió con perfiles definidos en el tardío periodo colonial.³⁷ Para el caso que se expone, sería apropiado señalar circunstancias cotidia-

³⁵ PALACIOS, “La fragmentación regional”, pp. 1677, 1686.

³⁶ ISAACS, *Obras completas*, vol. I, p. 161.

³⁷ Véase, por ejemplo, SAFFORD, “Commerce and Enterprise”; ESCORCIA, *Desarrollo político*, en *Sociedad y Economía en el Valle del Cauca*; PRESTON HYLAND, *El crédito y la economía*, t. IV; DEAS, “La presencia de la política nacional en la vida provinciana”, pp. 149-173, reproducido en su libro *Del poder y la gramática*; GARRIDO, *Reclamos y representaciones*.

nas y prosaicas que llevan a entender algunas características del nuevo tejido nacional decimonónico. Por ejemplo, la imagen negativa que se tenía de la capital en pueblos y provincias. Si Bogotá era el “blanco de los sarcasmos de la clase campesina” del altiplano cundinamarqués,³⁸ en el mundo vallecaucano corría de boca en boca que las mujeres de Bogotá no eran “señoras sino coquetas de siete sue-las” o que “los bogotanos les tienen miedo al sol y a los toros bravos” (cap. XIX).

Algo debía acechar en el ambiente social de esa ciudad misteriosa, loada, maldecida, legalista, que, en realidad, no era más que un “poblachón frío y silencioso” al final de las tardes.³⁹ Por ser capital, debía pagar un precio en los afectos de quienes no la moraban y tenían que contentarse con imaginarla. Atinaban al sospechar que en esas cumbres circulaban aires de estiramiento y desdén hacia las “gentes provincianas” del resto del país.

NOVELA, ESTADO-NACIÓN, DOMINACIÓN SOCIAL

Si puede ser válido proponer una relación inextricable entre la política y la ficción literaria en la historia de la formación ideológica de los estados-nación, ¿qué tanto lo es dar el paso de Doris Sommer y asumir que en América Latina “la pasión romántica proporcionó una retórica a los proyectos hegemónicos, en el sentido expuesto por Gramsci de conquistar al adversario por medio del interés mutuo,

³⁸ LLERAS CAMARGO, *Memorias*, p. 33.

³⁹ LLERAS CAMARGO, *Memorias*, p. 53.

del ‘amor’, más que por la coerción”?⁴⁰ En este sentido, se dice que las novelas o romances latinoamericanos fueron “fundacionales”;⁴¹ artefactos capaces de definir identidades alrededor de la formulación y la solución de “grandes problemas nacionales”, simbolizados en lo que la autora llama “nupcias nacionales”, novelas de final “feliz” con matrimonios que, algo más que interclasistas e interétnicos, celebran la viabilidad de una sociedad nacional nueva y original y de las cuales serían paradigmáticas *El Zarco: episodios de la vida mexicana en 1861-1863* (1888, publicada póstumamente en Barcelona en 1901) de Ignacio Manuel Altamirano y *Martín Rivas (novela de costumbres político-sociales)* (1862), del chileno Alberto Blest Gana.⁴² Al fallar en este registro, *María* fue un artefacto “anómalo”.⁴³

Los procesos colombianos de legitimación política cristalizaron en textos acomodados indistintamente: *a)* los memoriales, discursos, proclamas y escritos de los “precursores” y de los “libertadores”; *b)* las constituciones y códigos civiles con los correspondientes tratados que los comentaban; *c)* las historias-memorias, principalmente de la independencia; *d)* las gramáticas castellanas; *e)* los poemarios y parnasos y las historias literarias; *f)* las geografías, acompañadas de planos y mapas.⁴⁴ Aquí dejamos sin con-

⁴⁰ SOMMER, *Ficciones*, p. 23.

⁴¹ Sobre las divergencias y convergencias de los términos “novela nacional” y “romance”, SOMMER, *Ficciones*, pp. 41-42.

⁴² SOMMER, *Ficciones*, pp. 263-299; sobre “el papel fundacional” del mismo Altamirano, véase CONWAY, “El libro de las masas”, vol. 1, pp. 39-58.

⁴³ MOLLOY, “Paraíso perdido y economía terrenal en *María*”, pp. 22-23, 226.

⁴⁴ Un penetrante y renovador estudio de los usos políticos de la poesía,

siderar el papel que tuvieron la música y las artes plásticas, incluida la caricatura.

De los tiempos de la independencia en adelante las identidades colombianas se establecieron en muy variados procesos de socialización y politización sobre un piso de “mestizaje” sobreentendido, aunque no se elaboró críticamente. Los neogranadinos-colombianos fueron forjando la identidad nacional alrededor de preguntas como aquella de ¿quién mató a Sucre?, crucial en la divisoria de “bolivarianos y santanderistas”, “serviles y exaltados”, embrión de conservadores (azules) y liberales (rojos), respectivamente.⁴⁵ En la segunda mitad del siglo se adhirieron de forma visceral a tal o cual Constitución, con mayúscula; de ahí en adelante la pugnacidad se perfiló nítida; la juventud colombiana de las élites educadas se hacía matar por la Constitución “roja” de 1863 o la “azul” de 1886. Ésa era la civilización; lo demás debió parecerles paisaje americano.

Ahora bien, ¿cómo delimitar y describir las operaciones que permiten transformar un texto en “ficción fundacional”? Es una cuestión conceptual cuyos insumos principales son “ciudad letrada”, “comunidad imaginada”, “capital cultural”, “campo”, “habitus”, y específicamente “campo literario”.⁴⁶

Subrayemos primero el avance historiográfico de la obra póstuma de José Luis Romero al considerar, en perspecti-

la literatura y la filología y el papel legitimador de éstas en la Colombia decimonónica se encuentra en RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*.

⁴⁵ MCGANN, “The Assassination of Sucre”, pp. 269-289.

⁴⁶ ANDERSON, *Comunidades imaginadas*; ROMERO, *Latinoamérica*; RAMA, *La ciudad letrada*; BOURDIEU, *Las reglas del arte*.

va latinoamericana, las funciones de “jurisdicción formal” de la ciudad indiana, trasvasadas por grupos de letrados a la ciudad republicana en sus versiones sucesivas de las independencias a mediados del siglo pasado.⁴⁷ El proceso pone en evidencia el poder simbólico que, entre otras cosas, establece el culto al libro y sacraliza ciertas producciones literarias.⁴⁸ Comunidad imaginada y ciudad letrada se complementan en cuanto las hagamos girar alrededor del papel fundamental de la escritura y los signos lingüísticos en las configuraciones sociales modernas que subrayan el poder simbólico de la palabra escrita una vez que se presenta separada de los objetos que nombra, conforme a la interpretación de Ángel Rama a partir de un postulado de Foucault.⁴⁹ Este paso foucaultiano de Rama, carente de suficiente sustento empírico, puede dejarnos al borde de la cosificación de “jurisdicciones” y “signos” a cargo de “equipos intelectuales”⁵⁰ (abogados, filólogos, jesuitas) que ordenan y controlan el poder y suplantán de hecho a las clases sociales en la formación estatal-nacional. Por el contrario, me parece que en la configuración ideológica del dominio político y económico eran más decisivas las coaliciones de clase y grupo social que la acción de los “sofisticados equipos lingüísticos”, convenientemente divididos en liberales y con-

⁴⁷ ROMERO, *Latinoamérica*, pp. 47 y 68.

⁴⁸ BOURDIEU, *Las reglas del arte*, pp. 9-15.

⁴⁹ En el capítulo II de su obra *Las palabras y las cosas*; RAMA, *La ciudad letrada*, pp. 18-21; véase también MORSE, *Resonancias del Nuevo Mundo*, pp. 67-69.

⁵⁰ De Karl Mannheim presta Rama el concepto operativo de “equipo intelectual”, centro efectivo de la ciudad letrada en su larga duración histórica. RAMA, *La ciudad letrada*, pp. 31-32, 34, 39-40.

servadores en la provinciana Bogotá de la segunda mitad del siglo XIX a que apeló Rama para ilustrar sus hipótesis.⁵¹

En la base de la “ciudad letrada” iberoamericana estaba la *urbs*, sin la cual la primera no hubiera podido existir y cuyas reglas de funcionamiento dependían de la riqueza, el estatus político-social, el honor y el prestigio de las familias dominantes (llámense, con el correr de los siglos, hidalgas, patricias, burguesas) firmemente conectadas entre sí, integradas en compactas redes de clientela y cofradía poscolonial, de amplitud geográfica poco investigada aún.

Subrayemos, además, que en las primeras décadas republicanas la burocracia letrada granadino-colombiana se esfumó; hacia 1830 quedaba apenas un remanente de abogados avasallados por el ímpetu de nuevas generaciones con menos apegos y aficiones corporativas.⁵² Aparte de las mecánicas de movilidad social creadas en la guerra y los ejércitos centralizados, las pautas y valores del liberalismo económico y político de la Colombia de Bolívar y Santander habían conseguido articular nuevas lógicas y percepciones que legitimaban la movilidad social. Esto no canceló, por supuesto, las ambigüedades y dificultades subjetivas de clasificación en clases y estamentos, asunto que se establecía empíricamente en la cantidad y calidad de propiedad de cada quien, aunque el manejo de una tropa o de una buena gramática o de un par de sonetos podría, en algún momento, contar por sí mismo. Quizá fue Baldomero Sanín Cano el primero en apuntar que en aquella

⁵¹ RAMA, *La ciudad letrada*, pp. 62, 68. Para otra perspectiva del asunto, véase RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*, p. 43.

⁵² URIBE-URÁN, *Honorable Lives*.

Colombia la literatura y publicar una gramática castellana abrían el acceso a los corredores del poder político y puso de ejemplos a cuatro presidentes colombianos: Santiago Pérez, Miguel Antonio Caro, José Manuel Marroquín y Marco Fidel Suárez.⁵³

Es más, según Bourdieu, “el campo literario” está dominado por el “campo del poder económico y político” o, en sus propias palabras, “los artistas y escritores, o intelectuales en el sentido más general, son ‘una fracción dominada de la clase dominante’”.⁵⁴ De ahí no se infiere que la creación literaria no pueda ser “autónoma” del discurso político, ni que los literatos sean incapaces de juzgarse entre sí en las luchas por establecer un paradigma estético y lingüístico dentro de su “campo”. Baste apuntar que, de 1858 a finales del siglo, la facción conservadora tomó la delantera cultural. Los literatos José María Vergara y Vergara y Miguel Antonio Caro y el dibujante Alberto Urdaneta formularon y desarrollaron una estrategia capaz de nuclear grupos afines a un proyecto conservador y católico de nación. Sus “campos” fueron la poesía y la narrativa de ficción; la historia y la crítica literaria; la gramática y la traducción; las artes plásticas y gráficas. Se los apropiaron y deslindaron creando y dirigiendo instituciones como

⁵³ Citado por COBO BORDA, *La tradición de la pobreza*, p. 41. El asunto ha tenido desarrollos complementarios y alternativos en PALACIOS, “La clase más ruidosa”, pp. 132-133 y DEAS, “Miguel Antonio Caro and Friends”, pp. 47-71; en español, *Del poder y la gramática*, pp. 25-60. Más recientemente, en RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*.

⁵⁴ BOURDIEU y WACQUANT, *Una invitación a la sociología reflexiva*, pp. 159-160.

el grupo de *El Mosaico* (1858-1872);⁵⁵ la Academia Colombiana, correspondiente de la Real Española, la primera establecida en América (1871); *El Papel. Periódico Ilustrado* (1881-1887); la Escuela de Bellas Artes (1886) o mediante la consagración de libros-fetiché como los “parnasos” colombianos (1886 y 1914).⁵⁶

Aunque se han señalado los evidentes tintes católicos de los hombres de *El Mosaico* y sus sospechas hacia los nuevos ricos, conviene subrayar la urbanidad convivialista, para expresarlo en términos aplicados a la clase política de la época de Jorge Eliécer Gaitán en el siglo xx.⁵⁷ Así, en *El Papel Periódico Ilustrado* Alberto Urdaneta desplegó las mismas estrategias de *El Mosaico* para apropiarse del “campo artístico y literario”. Gracias a la xilografía, pudo exaltar, literalmente, la imagen de Vergara y Vergara, transformándolo en uno de los forjadores de la patria colombiana. Urdaneta reunió moderados, rojos o azules; hombres de conversación fina y sentido del humor, bien dispuestos a mejorar la salud de la República, no de la “res-pública”, tópico del siglo que se había originado en el comentario político de la caricatura que presentaba una vaca (la Nueva Granada) ordeñada por el general Santander, “el lechero”, también llamado “general Trabuco”.⁵⁸

El tema amerita más investigación y una referencia a la historia mexicana de claves. El radicalismo de los liberales

⁵⁵ LOAIZA CANO, “La búsqueda de autonomía”, pp. 3-19.

⁵⁶ *Parnaso Colombiano. Colección*, t. I; *Parnaso Colombiano. Selección*. En el género de parnasos puede incluirse, entre otras, la *Antología colombiana*, t. I.

⁵⁷ BRAUN, *Mataron a Gaitán*, cap. I.

⁵⁸ *La caricatura en Colombia*, pp. 37-39.

mexicanos y colombianos del siglo XIX es un tópico historiográfico latinoamericano. Federalistas y anticlericales llevaron más lejos que en ninguna otra parte los postulados de la ciudadanía social, acaso “imaginaria”, y no titubearon en proseguir con la expropiación de tierras corporativas de la Iglesia, las comunidades indígenas campesinas y los municipios. En 1865, en reconocimiento a la lucha de Juárez en “defensa de la independencia y libertad de su Patria”, el Congreso colombiano dispuso “que el retrato de este eminente hombre de Estado” fuera conservado en la Biblioteca Nacional. No obstante las afinidades colombo-mexicanas, se abren dos brechas notables en sus historias: primera, en 1887 el Concordato de Colombia y la Santa Sede revirtieron la situación política y constitucional y el Estado laico se tornó confesional (hasta 1991) y segunda, en México “las intervenciones” fraguaron visiones nacionales diametralmente diferentes a las de los colombianos-granadinos, más alejados de las realidades del poder y la geopolítica mundiales. El llamado “incidente del melón de Panamá” (15 de abril de 1856) ofrece un muestrario de reacciones y actitudes variadas de las élites políticas colombianas frente al expansionismo de Estados Unidos, en las coordenadas de “raza”, “clase” y “nación”, que iban de las bravuconadas patrioterías al realismo político y abarcaron la década de 1850. Todas quedaron circunscritas, sin embargo, al plano discursivo, a especulaciones intelectuales o intenciones oficiales como la propuesta secreta del presidente Mariano Ospina Rodríguez (1857-1861) al gobierno estadounidense de la anexión de Colombia que éste desdeñó.⁵⁹

⁵⁹ Véase el incidente en PALACIOS y SAFFORD, *Colombia. País fragmentado*, pp. 414-425.

Situación inconcebible en México que, sobre las amargas experiencias de la guerra con Estados Unidos (1846-1848) y el imperio de Maximiliano (1864-1867), y manteniendo el Estado laico, pudo construir una idea más moderna de nación y, por tanto, una novela de “autodefensa nacional”, un tipo de literatura en que la “fascinación” por Europa desaparece y la admiración “por este pueblo mísero y despreciado, levantándose poderoso y enérgico, sin auxilio”, llena el vacío.⁶⁰ Cabe una observación adicional. Los géneros literarios consagrados (poesía, dramaturgia, novela, cuento) no agotan el “campo literario”.⁶¹ En la historia social no podemos marginar ni subvalorar el panfleto político, el discurso parlamentario, el sermón dominguero o el ensayo, que también producían poder simbólico y eran consustanciales a la actividad de los “letrados”.

La historiografía está en mora de explicar por qué prosperó la poesía satinada que celebraba el culto oficial a la patria iconográfica, llevada al clímax durante el régimen conservador y ultramontano de la Regeneración (1878-1900).⁶² Por qué Miguel Antonio Caro, latinista, el gran político regenerador ultramontano, pudo escribir una oda a la estatua del Libertador de Tenerari pero no al Libertador mismo, como sí tuvo la confianza de hacerlo con el poeta Virgilio.⁶³ Si el satín recubrió buena parte de la poesía del siglo XX, subrayemos que Isaacs fue ajeno al artificio.

⁶⁰ Ignacio M. Altamirano, “La literatura nacional” (1868), citado por SOMMER, *Ficciones*, p. 289.

⁶¹ BOURDIEU, *Las reglas del arte*, pp. 318-380.

⁶² PALACIOS, “La aparición del Manual de Literatura Colombiana”, pp. 14-18.

⁶³ RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*, pp. 152-157.

ISAACS EN “EL CAMPO LITERARIO”

Isaacs empezó su carrera literaria bajo tutelajes tradicionalistas y tradicionistas. En la república colombiana de las letras se era alguien siendo poeta, sin que esto diga nada de las calidades intrínsecas de la poesía o de la literatura colombianas que, de acuerdo con el *Leitmotiv* registrado por Juan Gustavo Cobo Borda, ha vivido, al igual que el país, asediada por la pobreza.⁶⁴ Precisamente por sus poemas, leídos en una propicia noche de tertulia santafereña de 1864, el arruinado provinciano, conservador y en vías de hacerse masón, recibió la consagración del cenáculo de *El Mosaico* que, además, decidió publicarlos.

Pasados tres años del memorable ágape iniciático, Isaacs contrató con la imprenta de José Benito Gaitán la publicación de *María* en una edición de 800 ejemplares que, aparte de los reservados por el autor a sus amigos, se vendieron como pan caliente. El año anterior, en 1866, el bardo había puesto un almacén “bien surtido” cerca de la Plaza de Bolívar, de suerte que entre los menesteres de comerciante forzado y literato ungido, la rápida popularización de *María* dio un vuelco a su existencia. Al decir de Cristina, empezó “a tener todos los ingredientes de una novela de aventuras”.⁶⁵

El “efecto *María*” catapultó a Isaacs a la política con sus honores y deshonras; por unos 15 años lo sacó de la actividad literaria propiamente dicha, pero no de la insol-

⁶⁴ COBO BORDA, *La tradición de la pobreza*, pp. 73 y ss.

⁶⁵ Véase María Teresa Cristina, “Jorge Isaacs. Biografía”, recuperada de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/biografias/isaajorg.htm>

vencia económica. Desde las pérdidas comerciales de su padre siempre le faltó dinero y, de ahora en adelante, quizá por las exigencias de la fama y seguramente por una numerosa prole que sostener y educar, la penuria le apretó más. Habría de ser un compendio viviente del “sans argent l’honneur n’est qu’une maladie” de Racine. Congresista en representación de su partido, el conservador, en 1869 rescindió la lealtad primigenia y se adhirió al radicalismo liberal que en ese momento era la corriente en apogeo. Como es natural, el cambio de bandera le ganó admiradores y amigos y enemigos. Entre los últimos descollaron Miguel Antonio Caro, uno de sus primeros padrinos literarios y, con intermitencias propias de su temperamento, Tomás Cipriano de Mosquera, su compatriota, jefe natural de la principal facción de la política caucana en la época más activa de la vida política de Isaacs.⁶⁶

Por inercia, figuró en la lista inicial de “colaboradores” de *El Papel Periódico Ilustrado*,⁶⁷ y su director, Alberto Urdaneta, dejó un dibujo del bardo. Maestro como pocos del manejo del castellano literario en este lado del Atlántico, por cerramientos ideológicos y necesidades políticas fue, sin embargo, excluido de la Academia Colombiana (1871).⁶⁸ Este punto de quiebre de su carrera parece confirmar la tesis de la sujeción del campo literario al campo político; si alguien pudo experimentar en carne propia los halagos y sinsabores de la ciudad letrada ése fue Isaacs.

⁶⁶ VALENCIA LLANO, *El Estado Soberano del Cauca*, pp. 94-161.

⁶⁷ *Papel Periódico Ilustrado*, Bogotá, año 1, núm. 1, p. 3.

⁶⁸ Sobre el carácter primordialmente político-ideológico de la Academia en los tiempos de Caro y la Regeneración, véase RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*, pp. 10-11.

Quizá por ser tan evidente no suele decirse que la historia intelectual y artística de Colombia pasa por la capital. Desde la llegada de los europeos al territorio del país se conquistó, colonizó y “civilizó” a partir de centros urbanos de los que fue cada vez más central y símbolo de unidad política la plaza denominada sucesivamente Mayor, de la Constitución y de Bolívar.⁶⁹ No hubo en el siglo XIX colombiano centro urbano comparable a Bogotá en imprentas, tipógrafos, litógrafos y empresarios del ramo; fotógrafos, grabadores, caricaturistas, panfletistas y letrados. Parecía apenas natural que, desde la capital, los cofrades de *El Mosaico* adjudicaran a discreción el lugar de cada quien en la jerarquía de las letras. En un país de mayorías abrumadoramente analfabetas, dieron por sentado que era inherente a la poesía un sentido de superioridad espiritual. En 1886, prologando el *Parnaso colombiano*, José Rivas Groot escribió confiadamente que la poesía tenía la virtud de sintetizar “el movimiento intelectual de esta república”.⁷⁰ El *Parnaso* abrió, por supuesto, con media docena de poemas del presidente Núñez, el vencedor de la guerra civil como quedó ratificado en la constitución de ese año.

Pero Bogotá seguía siendo una ciudad provinciana, de ritmo colonial, comparada con las magnitudes de población, riqueza, equipamiento urbano, pero sobre todo con los tiempos modernos que golpeaban en Río de Janeiro, Buenos Aires o la ciudad de México, palpable en sus publicaciones de todo tipo, elitistas o populares, y en el vigor

⁶⁹ SAMPER, *Historia de un alma. 1834 a 1881*, vol. 1, p. 149.

⁷⁰ JOSÉ RIVAS GROOT, “Estudio Preliminar”, en *Parnaso Colombiano*, p. i.

del entrechoque de opiniones propias de sociedades más abiertas y secularizadas. En otras palabras, a finales del siglo XIX a la capital colombiana no llegaron los estímulos de la modernización capitalista, económica y cultural; en la medida en que gotearon gracias a la prosperidad del café, fueron difusos y débiles.⁷¹

Pero si *María* fue independiente del discurso político explícito,⁷² el poder simbólico literario sólo podía realizarse en consonancia con el proyecto de civilización liberal Occidental⁷³ que venía lastrado por la gran divisoria político-religiosa e impedía la “hegemonía” a la Gramsci. El mercado, lugar físico de transacciones y concepto abstracto, es absolutamente central en el funcionamiento efectivo y la representación de la civilización capitalista y del poder estatal de tipo nacional. En la Colombia de Isaacs no había lugar ni medios para que se desarrollara un mercado literario ni las estrategias personales o grupales de los literatos podían independizarlos del campo político-religioso con el agravante de que el Estado no tenía recursos fiscales para cooptar en forma directa a los hombres de letras.⁷⁴ En un plan prosaico puede decirse que, con la excepción de

⁷¹ “El único temor que yo formularía sería el de ver a las bogotanas cediendo a un modernismo incongruente de vestidos, en un cuadro como el de Bogotá, tan particular, de una gravedad sentimental y católica tan especial. Sean cuales fueren los decretos de la tiranía de la moda universal de París, el estilo que le va mejor a la sudamericana, el que armoniza mejor con ese medio de pasión y de fe, es y será siempre la mantilla, que le da su sello propio y afortunado.” D’ESPAGNAT, *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, citado por ROMERO, *Latinoamérica*, p. 283.

⁷² MEJÍA DUQUE, *Narrativa y neocolonialismo en América Latina*, p. 20.

⁷³ PALACIOS, “El Estado liberal colombiano”, pp. 25-60.

⁷⁴ BOURDIEU, *Las reglas del arte*, pp. 400-406.

José María Vargas Vila (1860-1933) y Gabriel García Márquez, quienes se expatriaron, ningún escritor colombiano ha podido vivir sólo de las regalías de su obra literaria.

En el siglo XIX las situaciones de un escritor eran aún más aleatorias y precarias que hoy en día. Si en su primer año de actividades, 1858-1859, *El Mosaico* publicó por entregas *Manuela* y la consagró como el modelo de una “novela nacional” (costumbrista), en 1867 la revista pasaba por uno de sus recesos, situación que movió a Isaacs a sacar *María* como libro, a su cuenta y riesgo. Los libros eran caros y pobretona y reducida la sociedad que los compraba, de modo que los tirajes eran exigüos y modestas las ventas.⁷⁵ Junto con las revistas, pasaban de mano en mano y en muchos lugares alguien los leía en voz alta para el solaz y agradecimiento de los escuchas. Sólo hasta la aparición de *El Telegrama* (Bogotá, 1886) hubo en toda Colombia un diario que pudiera pagar algunas colaboraciones, como la serie que, con el tiempo, conformó el grueso volumen de *Reminiscencias de Santafé y Bogotá* de Cordovez Moure.

No fue este el caso general de la Iberoamérica decimonónica; la estratificación interna de las nuevas unidades políticas y de la región como todo continuaba sometida a las inercias coloniales. De este modo, las grandes capitales virreinales, ciudad de México o Rio de Janeiro, que podemos asimilar a la primera, continuaron siendo dentro de sus países centros de irradiación cultural y de poder económico y político y mantuvieron en el continente

⁷⁵ El punto fue reconocido por Miguel Antonio Caro, aludiendo a *María*. Véase, CARO, “El darwinismo y las misiones”, p. 1050.

sus lugares de preeminencia.⁷⁶ Lima, la otra gran capital vi-reinal, perdió el sitial en el escalafón sudamericano a raíz de la derrota peruana en la Guerra del Pacífico (1879-1883) y la prolongada ocupación chilena de la ciudad, mientras que Buenos Aires ascendía en la escala y se preparaba para la preeminencia que logró a fines de siglo cuando casi la mitad de su población eran inmigrantes europeos.

Una muestra de la situación se colige de las ediciones de *María* en vida del autor: 3 bogotanas (1867, 1869, 1878), 10 mexicanas, si consideramos la edición parisiense con “Juicios de Ignacio M. Altamirano, Guillermo Prieto y Justo Sierra” (1890); 11 ediciones en Barcelona y 4 en Buenos Aires.⁷⁷

Sin Mecenas ni mercado literario, escribir en Colombia dependía de qué tan cerca estuviera el interesado del ocio creador. Es decir, de ser propietario y disponer de una renta y, en particular, de ser excluido radicalmente de la acción política. Tal fue el caso excepcional de la prolífica escritora Soledad Acosta de Samper.⁷⁸ Los hombres, en cambio, comenzando por su marido, José María Samper, estaban compelidos a escribir en esos periódicos fugaces que facilitaban el acceso a los cargos públicos y de representación electoral. El panfleto intimidatorio era el puente de plata entre los literatos y los políticos; entre los literatos, los políticos y la nación; Isaacs lo tomó por asalto cada vez

⁷⁶ RAMA, *La ciudad letrada*, pp. 27-29.

⁷⁷ RODRÍGUEZ-ARENAS, *Bibliografía de la literatura colombiana*, t. 1, pp. 466-468; en 1889 Isaacs pensaba que en México ya se habían hecho 14 ediciones de su novela. Véase ISAACS, *Obras completas*, t. 1, p. xl. Aunque no sabemos los tirajes, puede presumirse que no fueron inferiores a los bogotanos.

⁷⁸ WILLIAMS, *The Colombian Novel*, pp. 22-40.

que le dieron oportunidad como sugiere una ojeada al listado de pasquines en los que colaboró o dirigió.

La parábola vital de Jorge Isaacs sugiere las desazones y las ambigüedades morales de las clases altas sometidas a los vaivenes de la movilidad hacia arriba y hacia abajo; las esperanzas, engaños, mentiras piadosas y capitulaciones que convinieron alrededor de los ideales de la vida pública: progreso material, democracia constitucional, un cierto grado de igualitarismo civil, un lugar para la nueva Colombia en el concierto de naciones. Vivieron atenazadas por acuciantes dudas sobre cómo comportarse en la vida privada y familiar que no sólo afectaban a los recién llegados sino, y quizá con más rigor, a quienes descendían de forma abrupta la escala social como esos vergonzantes descritos en sus angustias por Miguel Samper y presentados después en las xilografías de los “tipos bogotanos” del *Papel Periódico Ilustrado*.

Isaacs vivió con gran intensidad esos conflictos y otros más. Se puso en cruceros donde chocaban los vientos que nacían en los páramos de la ciudad letrada y los que se alzaban en las llanuras de la ley de la oferta y la demanda en una república agropecuaria, mercantil, individualista y de soberanía popular. República que se cocía en las llamadas y rescoldos de la disputa civil e incivil de bandos autocomplacientes que asignaban señas de identidad política y, a partir de ahí, factores de producción, cargos públicos, prebendas, honores.

Aparte del combate político e ideológico, Isaacs se apartó de Caro y sus amigos cuando quisieron amurallar con latines y participios la república de las letras. A diferencia de algunos filólogos colombianos, más afín con los cos-

tumbristas, Isaacs fue un observador de buen ojo etnográfico y fino oído para el habla y la poesía del pueblo popular.

*MARÍA: EL SENTIDO POLÍTICO-PEDAGÓGICO
DE UNA NOVELA APOLÍTICA*

Desde su aparición, los críticos han examinado si *María* es obra romántica, costumbrista, realista, o si entrelaza elementos de todos ellos. Cuando su autor murió, la novela era de lectura obligatoria en el pensum hispanoamericano de la educación sentimental y literaria. Acabamos de ver que desde el Río de la Plata y en los años treinta Borges ratificaba que Isaacs era el novelista colombiano por antonomasia. Seguiría siéndolo hasta la publicación en Buenos Aires de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez, exactamente un siglo después de la aparición de la primera edición bogotana de *María*.

Si bien a lo largo de la década de 1870 Isaacs, político intemperante y de verbo exaltado, se ganó la enemistad de los conservadores y del clero que lo relegaron en cuanto pudieron en México, España o Argentina, la novela se había transformado en modelo de la deferencia en el trato privado, guía de urbanidad de las nuevas élites urbanas.

Si hay acuerdo sobre la buena acogida de *María* en España e Hispanoamérica, poco se sabe de sus meandros. Pese al padrinazgo de los reconocidos católicos de *El Mosaico*, Cristina refiere que

[...] en 1879 el periódico *El Pasatiempo*, reprodujo un concepto emitido por el mexicano *La Luz* de Monterrey según la cual la novela *María* “está prohibida por supersticiosa y es contraria

a la doctrina católica, por lo cual recomienda a los católicos que se abstengan de leerla.”

A esto replica *El Radical* que “no obstante la piedad fanático-mejicana” la novela ha logrado romper las barreras del oscurantismo y que ha tenido una espléndida acogida en México.”⁷⁹

El nombre de la heroína evocaba a la madre de Jesús; había sustituido el Ester de la niña judía conversa, como el padre de Efraín, su tío, quien la tomó en adopción. Canto a la familia cristiana, la novela subrayaba los atributos de esa unidad orgánica, armoniosa en cuanto estuviera centrada en la obediencia al *pater familias* y en la firmeza y benevolencia de éste; elogiaba los valores de pudor y fidelidad de los novios; exaltaba a la mujer de buen gusto, aunque modesta y sin vanidad, apartada de los negocios y la política y entregada de lleno a su casa. El asunto no era nada trivial pues tenía que ver con la creencia de que la conducta en familia y con los amigos, así como una conveniente división del trabajo familiar, afectaban el espíritu y la buena marcha de las naciones. En la *Democracia en América*, un libro de “los autores predilectos” de la biblioteca de Efraín (cap. XII),⁸⁰ Tocqueville había sostenido que Estados Unidos era una nación fuerte gracias al papel de la mujer como administradora del hogar; aplicación inteligente, dijo, de un principio de “economía política”. Además,

⁷⁹ Cristina en ISAACS, *Obras Completas*, t. I, p. xxxix.

⁸⁰ Varios libros de la biblioteca personal de Isaacs se conservan en el “Fondo Isaacs” de la Biblioteca Nacional de Colombia, entre éstos la edición en español de *De la Democracia en América*, París, 1842, 4 vols. Véase ISAACS, *Obras completas*, t. I, p. 101.

la mujer estadounidense encontraba la verdadera felicidad en el matrimonio, al que subyacía un principio de respeto e igualdad y, en este sentido, era superior a la europea.⁸¹

Simultáneamente, la obra de Isaacs colmaba la añoranza bucólica y campesina de ciudadanos bienpensantes, convencidos de que sumergiéndose en la lectura de novelas y romances, escaparían de los miasmas, la hediondez, la mendicidad y mendacidad de las calles bogotanas o de donde fuera. No en vano Miguel Samper, comerciante y hombre público, encontró que “la miseria” era la palabra más adecuada para describir la Bogotá de 1867.

Entre los lectores ya había un buen contingente femenino, estimulado por publicaciones como la *Biblioteca de señoritas*. Vergara y Vergara lo dijo sin ambages en una reseña de la novela de 1868 que luego sería prólogo de ediciones posteriores:

María hará largos viajes por el mundo, no en las valijas del correo sino en las manos de las mujeres, que son las que popularizan los libros bellos. Las mujeres la han recibido con emoción profunda, han llorado sobre sus páginas, y el llanto de las mujeres es verdaderamente el laurel de la gloria.⁸²

Como autoras, sin embargo, las mujeres fueron apartadas de manera implacable, si hemos de creer a Soledad Acosta de Samper. Con valor civil y en vena tocquevilliana la escritora se preguntó si “la parte masculina de la sociedad” estaba dedicada a la política, la legislación y el pro-

⁸¹ TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, naturalmente que hay muchas ediciones en diferentes lenguas. Véase vol. 2, cap. 12 (sección 3).

⁸² JOSÉ M. VERGARA Y VERGARA, “Prólogo”, ISAACS, *María*, p. 15.

greso material, “¿no sería muy bello que la parte femenina se ocupase de crear una nueva literatura?”⁸³

María tocaba cuestiones centrales de una sociedad a la búsqueda de ese buen tono perdido en el gran desorden de la emancipación. A medio siglo del acontecimiento, los públicos no sabían cómo interpretarlo en el conjunto de una obra colectiva que ya se llamaba “historia nacional”. Un poco a destiempo, si consideramos el acendrado espíritu eurocéntrico prevaleciente, obras como la de Isaacs tenían los ingredientes que buscaban esos lectores, nuevos ciudadanos de repúblicas agropecuarias y comerciales, aspirantes al progreso material en la misma medida en que sospechaban de la democracia y en que veían la historia republicana como una sucesión aleatoria de ciclos de guerra y paz, tornándose desconfiados del futuro e inseguros del presente y del pasado.

Hubo, por supuesto, diversas muletas pedagógicas para que los colombianos de las clases propietarias y educadas se orientaran en medio del torbellino democrático. Una provino del mencionado costumbrismo bogotano-sabaneño que pareció darles un sentido de pertenencia; rescató un significado de las tradiciones que, no obstante, día con día, perdían hondura diluyéndose en nostalgia con toques de sátira. El movimiento quedó reducido a una visión parroquial del mundo, impregnada de añoranza, que ensalzaba valores y símbolos raizales; que cultivaba las reglas de deferencia a la española, aunque las convenciones e ideales sociales y políticos se trajeran, con el vestuario, las conser-

⁸³ ACOSTA DE SAMPER, “Misión de la escritora en Hispanoamérica”, p. 81.

vas, uno que otro piano y las modas, de París o Londres. Sus representantes, promovidos por revistas como *El Mosaico*, no ocultaron el desdén hacia “tipos sociales” emergentes, provincianos tan llenos de malicia y codicia como los que venían de las tierras calientes (*el calentano*); los caciques pueblerinos (*el gamonal*); el mercachifle sin apellidos; el arriero rico y semianalfabeta, amén del consabido desprecio al bajo pueblo bogotano.

Otra ayuda pedagógica fue el mapa nacional de Codazzi, síntesis de la obra de la Comisión Corográfica que, apartada de las veleidades de la división política y social, mediante sus informes, acuarelas y cartografías científicas entregó a las clases dirigentes certezas mensurables sobre la configuración física, económica, humana del país; de aprovecharse con juicio, éstas podrían armar un propósito de unidad nacional.⁸⁴

María forma parte de estos artefactos ideológicos de recomposición del cuadro social dentro de los marcos del Estado-nación balbuceante. Más allá del costumbrismo, de raíz ilustrada, espíritus románticos como el de Isaacs parecieron entender la importancia de la sinceridad en el sentido rousseauiano, moderno y antirracionalista de la expresión.⁸⁵ La voz poética genuina podría ser el instrumento de una nueva pedagogía cívica. Bastante se ha citado “Con el pretexto de *María*” (Buenos Aires, 1882), un breve texto de Manuel Gutiérrez Nájera; según François Pérus, el escritor mexicano encontró en la novela, “sentimental y

⁸⁴ SÁNCHEZ, *Gobierno y geografía*.

⁸⁵ Véase MELZER, “The Origin of the Counter-Enlightenment”, pp. 344-360.

edificante”, el pacto de unión de “lo Bueno, lo Bello y lo Verdadero”:

Este es un libro que yo guardo en el estante honrado de mi humilde biblioteca, junto a la *Magdalena* de Sandeau y los cuentos de Carlos Dickens. Este es un libro que leeré a mis hijos, cuando los tenga, y que ha pasado ya por las manos de mi novia. Éste es un libro casto, un libro sano, un libro honrado.⁸⁶

Ahí plantó Isaacs su novela. Canto al noviazgo adolescente en la creciente intensidad de sus corazonadas y temblores; del rubor en el momento del abrazo inocente, cuando Efraín regresa de la capital (cap. II), a la aparición de “ese doble lazo de la materia y del alma” (cap. XI), narrado en la tensión del repertorio romántico. En unos pocos meses florece el amor recatado, entrettejido en un mundo de costumbres moribundas pero inapelables y que resuena en la pompa del trópico americano.

Si la adolescencia de los protagonistas resaltaba el romanticismo, el costumbrismo restablecía el balance: con naturalidad registra que los niños, y en especial las niñas, saltaban sin ceremonias a la adultez. Completamente dentro de la norma social Jorge Isaacs había tomado en matrimonio a Felisa González Umaña, dama de la sociedad caleña de 14 años, a quien doblaba en edad; procrearon 13 hijos, uno tras otro; 9 sobrevivieron y fueron una familia típica.

⁸⁶ PÉRUS, “*María* de Jorge Isaacs o la negación del espacio novelesco”, p. 723.

FRAUDE AL YO CIVIL

El diálogo del padre y Efraín en relación con el noviazgo de los primos parece fundamental aunque, en aras de subrayar la visión racionalista del sujeto del código civil, no consideramos las lecturas freudianas del triángulo edípico⁸⁷ o de la histeria ligada, además, al problema del judaísmo del autor y su novela.⁸⁸ Ese diálogo traza las coordenadas del mapa de la sensibilidad madura propia del yo racional de un caballero colombiano apenas cruzado el umbral de la adolescencia. El tono, nada romántico, subraya estas palabras, caballero y racional, y da una señal de la fe de los protagonistas en la congruencia de la racionalidad del mundo.

Después de ponerlo al día sobre la enfermedad de María, el padre pide al hijo considerar

[...] tu porvenir y el de los tuyos [...] responde como hombre racional y caballero que eres [...] ¿si nosotros consintiéramos en ello, te casarías hoy con María?

—Sí señor— le respondí.

—Lo arrostrarías todo?

—¡Todo, todo!

—Creo que no solo hablo con el hijo sino con el caballero que en ti he tratado de formar. (cap. XVI).

Si la autonomía de la voluntad, base de la moral burguesa y del yo civil, actúa en consonancia con los buenos modales

⁸⁷ Véase, por ejemplo, WILLIAMS, *The Colombian Novel*, pp. 156-159.

⁸⁸ SOMMER, *Ficciones*, pp. 239-252. Para un punto de vista alternativo, véase FAVERÓN PATRIAU, “Judaísmo y desarraigo en *María* de Jorge Isaacs”, pp. 341-357.

en familia, con las amistades y con los vecinos de cualquier condición social, y, además, se profesa amor a la tierra nativa, el resultado no podrá ser otro que la concordia nacional.

Con todo y las limitaciones que pudieran rodear la libertad contractual de los novios, los padres, benevolentes, dejaron que operara la autonomía de la voluntad de éstos, plena en los hombres, disminuida en las mujeres, como en la Roma antigua. La *capitis diminutio* de las mujeres, para fijar domicilio, obligarse, contratar, era una de las bases doctrinarias de las “revoluciones burguesas”, vertida a partir de 1810 en declaraciones programáticas, códigos civiles y constituciones. María, dueña de su dote, negoció con libertad los términos del contrato matrimonial; escogió a Efraín y desdeñó a Carlos quien, como don Chomo, su padre, nunca hizo interpelación alguna a que era judía y extranjera de nacimiento. Y lo hizo aun por encima del deber a su familia adoptiva que, sin ella saberlo, había sufrido un desfaldo que postró gravemente al padre de Efraín (caps. XXXVI, XXXVIII y XXXIX).

La heroína debió convenir que antes del matrimonio el joven viviría cuatro o cinco años en Londres consagrado a los estudios de medicina. Si bien la separación precipitó su muerte, se ha sugerido que la epilepsia, carga genética judía según el prejuicio de la época, fue mal diagnosticada. Que el problema latente era la sexualidad reprimida, incluida la del padre que enfermó al mismo tiempo que María y, acaso, en medio de un “desorden histérico”. María necesitaba marido; un buen médico que le recetara *¡Penis normalis/dosim/repetatur!*⁸⁹ Hay, claro está, un problema en la dis-

⁸⁹ SOMMER, *Ficciones*, p. 251.

ponibilidad del paradigma clínico: el diagnóstico de la histeria a la Charcot y la correspondiente prescripción médica no aparecieron antes de c. 1885 y muy restrictivamente en unos cuantos centros de Europa.

Según Sommer la cuestión judía fue central en la novela y en la vida de Isaacs: en una sociedad racial como la caucana, los judíos no eran realmente blancos: “en la identidad fracturada de María, quien es de origen judío y encarna tanto a la aristocracia incestuosa y autodestructiva como a los negros racialmente inasimilables”.⁹⁰ Valga por ahora anotar que si Jorge Isaacs fue objeto del denuesto antisemita empleado como sinónimo de radical anticatólico, su padre, hasta donde se sabe, nunca lo fue.⁹¹ La situación colombiana no puede asimilarse a la de Europa o Rusia del siglo XIX. Por la época no había en el país una comunidad judía si olvidamos la leyenda, que apenas estaban inventándose en la muy católica Medellín, sobre el origen y carácter judíos de “la raza antioqueña”; si hubo un tema judío, debió ser una proyección de las lecturas del popular Eugenio Sue.

Habremos de buscar la clave del viaje de Efraín en otra parte. La manipulación de don Jorge de la separación de los primos es un fraude al principio del yo civil. Más aún, en el medio social de una familia acaudalada de hacendados vallecaucanos, y hacia 1850, un título de médico, por

⁹⁰ SOMMER, *Ficciones*, pp. 226, 239-247.

⁹¹ Creo que McGrady puso en su sitio el problema del judaísmo en Isaacs: “Tenía sangre judía sólo por el lado paterno y toda su educación era católica, ya que su padre se había convertido antes de casarse y era católico sincero; no hay ningún dato que indique que Isaacs recibiera instrucción hebrea.” MCGRADY, “Introducción” en *María*, p. 35.

londinense que fuera, poco aportaría al estatus social o a los ingresos monetarios, en particular si los negocios de la familia parecían tan vulnerables. No sobra añadir que en los círculos de neogranadinos de clase alta el prestigio de la medicina y la ingeniería radicaban en París, la capital mundial de la ciencia y las artes. Para colmo, los liberales habían abolido los títulos universitarios en el ejercicio de las profesiones. En estas condiciones, el costo/beneficio de cinco años de permanencia del heredero en Londres era negativo. Entonces, ¿por qué debía ausentarse? Aparte de los juegos del inconsciente (la sexualidad reprimida, el acecho del incesto) las razones esgrimidas por el padre no convencen. Así las cosas, ¿criticaba Isaacs el patriarcalismo de la sociedad colombiana? O, en plan íntimo, ¿recordaba con un resentimiento, puesto en labios de la heroína, que don Jorge había dilapidado los medios que hubieran servido para mandarlo a Europa?

EL ORDEN NATURAL DE LAS JERARQUÍAS SOCIALES

Además de no tener un trasfondo político, la sociología de *María* es bastante elemental. Da rienda suelta a un sentimentalismo que, muerto en su cuna francesa, solapaba una visión conservadora de la sociedad. Según ésta, pese a la pobreza general del país, a la topografía ingobernable que encarecía los transportes y a las enmarañadas y apasionadas disensiones partidistas, los mecanismos de integración social, tradicionales, coloniales, funcionaban bien. Es más, sobre el asunto del aburguesamiento de los sentimientos y la sexualidad, los lectores atentos no podían ignorar que en 1857 *Madame Bovary* había cosido a puñaladas el mito del

matrimonio romántico o, si se quiere, católico-napoleónico (el *Manifiesto Comunista* de 1848 había sido más severo y contundente con el matrimonio burgués). Publicada por entregas, la novela puso a Flaubert en el banquillo de los acusados; sobreseído por los jueces, la sacó en formato de libro constituyendo un enorme éxito editorial y comercial. Poco después trazó un mapa todavía más perturbador en *La educación sentimental* (1869), que no podía adquirirse en las preceptivas de la moralidad aparente, exterior, hipócrita, pues venía de la vida misma, de participar en los juegos de ambición y veleidad de las capas burguesas en ese contrapunto de París y las provincias.⁹²

María y los lectores decimonónicos, que iban siendo lección en Hispanoamérica, clericales o anticlericales, liberales o conservadores, tradicionalistas o progresistas, se decantaron, finalmente, por el camino fácil de la tradición católica y aceptaron implícita o explícitamente sus convenciones morales. Reivindicaron su potencial civilizador, la sanidad de costumbres, la represión sexual (muy severa con las mujeres) y el valor de la convivencia social, bien presentes en la novela.⁹³

Trazada con base en la naturalización de las barreras de clase y rango emanadas de los colores de la piel, la novela describía sutiles estratificaciones de parejas de esclavos, manumisos y agregados libres; de negros, mulatos y campesinos blancos o mestizos que parecían bailar una especie de minueto ampliado alrededor de la pareja de los amos

⁹² A esta novela Bourdieu aplicó su concepto de campo literario. BOURDIEU, *Las reglas del arte*, pp. 20-75.

⁹³ CAMACHO GUIZADO, "La literatura colombiana".

adolescentes o, en muchos casos, alrededor de Efraín.⁹⁴ Establecía meticulosamente un orden de jerarquías bien asentadas de arriba abajo que principiaba con el puesto de cada quien en la mesa del comedor de la casa de la hacienda, siempre presidida por el padre (caps. III y XXIII). Un orden que fluía terso, especie de singular colmena en que cada cual realizaba las tareas asignadas de antemano, incluido el zángano, si es que así consideramos al “perfumado” administrador de aduanas del capítulo LVI.

Desde el punto de vista de la urbanidad, para lo cual no es necesario entrar en ninguna psicología, es decir, en la subjetividad, se asume la autorrepresión, las mujeres de la familia de Efraín eran un dechado de virtudes; Efraín, de corazón noble y estilo refinado, se mantenía equidistante de sus amigos, vecinos y herederos como él: Carlos, frívolo y oportunista, hacendado de “guantes y paraguas”, y Emigdio, rústico, impermeable a los bienes de la educación capitalina y por eso más compenetrado con las faenas agrarias y las mores locales; además, los padres de éstos, don Chomo y don Ignacio, vivían trabados en pleitos farragosos y desgastadores.

Al restaurar un cuadro colonial, la hacienda esclavista justo antes de la abolición, *María* filtraba en tono rosa las posibilidades de la armonía social aún inalcanzada por la República con todo y la civilización importada de Francia,

⁹⁴ Cristina amplía el cuadro social y literario y observa que “la historia de Efraín y María tiene su correlato estructural, por semejanza u oposición, en otras cinco parejas: Tránsito y Braulio, Nay y Sinar, Emigdio y Zoila, Carlos y María (o Carlos y Matilde). A éstas podemos añadir la pareja literaria formada por Atala y Chactas”, ISAACS, *Obras completas*, t. 1, p. 81.

Inglaterra o Estados Unidos. La novela naturaliza la división en rangos y las reglas sociales se difuminan en el paisaje, como si existieran por fuera del tiempo. El arcaísmo de las clases altas caucanas les inhibía alcanzar una conciencia política burguesa y comprender que el tiempo histórico se había acelerado. Tenían, por supuesto, conciencia de sí y de su papel dominante y dirigente en la sociedad estamental; sabían, por ejemplo, que la producción de azúcar se podía tecnificar sin que fuera menester transformar las relaciones de esclavitud o de servidumbre (cap. V). Sin embargo, en las frecuentes alusiones al manejo de los negocios de la casa, que Efraín debía conocer en detalle como ayudante de su padre, éstos permanecen sumergidos en las rutinas de una economía de baja productividad, mercados limitados y localistas, falta de competencia y de estímulos para cambiar los sistemas de manejo y administración de las propiedades y el mercadeo de los productos. Al no plantearse el nexo entre los negocios y el poder político, Efraín asume el privilegio como condición natural y la novela solapa que el problema no era la actitud frente al capitalismo como sistema, sino que ni el padre ni el heredero eran, realmente, buenos negociantes.

La mentalidad patriarcal velaba el hecho de que la sociedad “de hombres de todos los colores” se configuraba en la posesión-desposesión de los medios de producción y que, en las condiciones de la politización nacional, más aún en su “peligrosa” variante caucana, la hacienda no era suficiente para garantizarles la posición de clase hegemónica. Los esclavistas vallecaucanos fueron incapaces de emplear la ideología liberal que estaba disponible desde las reformas de la primera administración de Mosquera (1845-1849)

y que había dado un enorme salto adelante en las reformas institucionales del medio siglo, precisamente cuando Isaacs, embutido en su frac, estudiaba en el colegio de Lorenzo María Lleras. La adopción de esas ideologías liberales les habría permitido jugar al gatopardismo, una forma de hegemonía que suele acompañar las grandes transiciones sociales: *plus ça change, plus c'est la même chose*, tal como lo había hecho Tomás Cipriano de Mosquera, el máximo exponente de la política y la aristocracia caucana de la época.

Por las leyes y las armas la revolución liberal (1849-1854) había intentado dismantelar el sistema en el cual nueve décimas de la población andaban descalzas o de alpargatas sucias y deshilachadas, siempre dentro de los límites inclementes del régimen de subsistencia. Murillo Toro había señalado que la mala distribución de la tierra anidaba en el corazón del conflicto de la joven República.⁹⁵ En la sociedad caucana de mediados del siglo XIX, dominada por terratenientes y comerciantes, las normas y valores estamentales de la época colonial seguían incrustados, más profundamente que en ninguna otra región del país. Por esto, la guerra política de clases, los zurriagueros, por ejemplo, fue más virulenta en el Cauca que en el resto de Colombia.⁹⁶

En ese mundo arcaico se nutren las ambivalencias de Efraín. El “señorito feudal”⁹⁷ es un romántico que concie-

⁹⁵ PALACIOS y SAFFORD, *Colombia. País fragmentado*, pp. 379-392.

⁹⁶ Véase PACHECO, *La fiesta liberal en Cali*. En el Cauca el zurriago era un látigo para arrear ganado y bestias de carga; los zurriagueros eran los partidarios del gobierno del general José Hilario López durante la revolución Liberal, que en algunas provincias del Cauca zurraban a sus enemigos políticos, generalmente en la vía pública.

⁹⁷ MAYA, “Jorge Isaacs y la realidad de su espíritu”, p. 62.

be la tierra como naturaleza, afín a los estados del alma, siempre femenina; a veces es maternal, “la más amorosa de las madres” (cap. XXI); a veces, virginal como María recogiendo flores (caps. III y IV); a veces es abiertamente sensual como Salomé bañándose en el río (cap. XLIX). Trópico domesticado, nicho del galanteo, de las emociones de la caza, de las cabalgatas en familia, del estudio en calma, de la *paideia* aristocrática en tono cosmopolita.⁹⁸ Escenario, al mismo tiempo, de las costumbres populares, reveladas en el vestuario, la comida, el lenguaje, las “músicas semisalvajes” y sus instrumentos; el canto, el compás del bambuco de negros y campesinos (cap. V), o en la más recóndita tradición oral que transmitía los horrores del circuito Atlántico de la esclavitud (Europa-África-América) como se lee en los episodios “africanos” de Nay y Sinar (caps. XL-XLIII).⁹⁹

Sobre la esclavitud en *María* hay que subrayar dos fechas: hacia 1850, cuando transcurre la acción, y 1867, cuando se publica la primera edición. McGrady sostuvo que el sistema vallecaucano nada tenía que ver con *La Cabaña del Tío Tom* y apuntó que “la intensidad del interés social de Isaacs se documenta en que cambia la cronología normal del libro para tratar el problema de la esclavitud”, abolida en 1851.¹⁰⁰ Ahora bien, ese mismo año se sublevó

⁹⁸ “El cosmopolitismo se reducía, básicamente, a citar lo que leían”, comentó de *Los Nuevos* COBO BORDA, *La tradición de la pobreza*, p. 74. Es lo que puede decirse de las lecciones que Efraín impartía a su hermana y a su prima.

⁹⁹ McGRADY, “Función del episodio de Nay y Sinar en *María*, de Isaacs”, pp. 171-176.

¹⁰⁰ McGRADY, “Introducción”, *María*, p. 25.

contra la abolición Julio Arboleda, jefe conservador y esclavista caucano, poeta (como Efraín pero no como los padres esclavistas de la novela). La revuelta resonó en el país y en el Cauca sembró vientos que serían tempestades aún después de la publicación de la novela.

En 1867, Estados Unidos, que para muchos ya era un modelo de civilización, y en el Valle estaban los Eder para demostrarlo, como bien sabía Jorge Isaacs, apenas salían de una devastadora guerra civil que los sacudió de raíz; la primera en gran escala de la era industrial moderna; la mayor conflagración bélica en toda la historia del hemisferio occidental, acontecimiento de proyección ideológica universal, uno de cuyos nudos había sido, precisamente, la emancipación de los esclavos.

Circunscrito al ámbito doméstico y paternalista, apartado del atroz régimen laboral al que todavía estaban sometidos los negros en minas y plantaciones, y a contracorriente de sus agudas observaciones sobre las cadenas económicas de la trata (los mencionados episodios de Nay y Sinar), Isaacs presenta el esclavismo vallecaucano de mediados del siglo XIX como un sistema maduro que había conseguido pulir sus aristas más brutales. Consecuente con el cuadro de fusión aristocrático-burguesa plasmado en la figura del caballero decimonónico, guardó silencio sobre el rampante autoritarismo político de los jefes caucanos, de los que él formó parte, enraizado en una larga tradición de autonomía política, esclavitud y servidumbre legitimadas. Con su “color local” costumbrista, *María*, benévola con el viejo orden, contenía elementos para tranquilizar a las nuevas clases en ascenso y en vías de auto-proclamarse médula y cerebro de la nación.

Este tratamiento de una esclavitud dulcificada y paternal ayuda a explicar por qué Efraín no concebía directamente que la tierra era un medio de producción; que, junto con los negros, era la base insustituible de la clasificación social; la orientadora de las ideologías; el requisito del funcionamiento del mercado y del sistema legal. En suma, que “la casa de la sierra” existía porque estaba protegida por el derecho privado, del mismo modo que los linderos físicos (y sociales) resguardaban la intimidad de sus moradores; que tierra, esclavos, mejoras y anexidades se poseían conforme a la ley positiva con el respaldo de solemnes documentos de notaría y costumbres inmemoriales.

María anticipó así una actitud sobre la esclavitud que sería dominante por mucho tiempo. Al finalizar el siglo XIX pocos colombianos educados querían saber qué había sido realmente ese sistema y qué improntas dejaba en la configuración espiritual de la “nación unitaria”, salvo por los episodios mitificados de su abolición, en particular en Antioquia. Para fines del siglo la novela se había cosificado en la hacienda El Paraíso y surgía la leyenda y el lugar sacrosanto del peregrinaje “romántico”. Este parece ser el sentido de un artículo de Luciano Rivera y Garrido en la *Revista Ilustrada* (1899).¹⁰¹

Pese al poder del verbo y a la astucia, los hombres fuertes de la Regeneración no consiguieron “conservatizar” el país y más bien estimularon un ciclo de violencia y guerras civiles. La aplastante derrota liberal en la de los Mil días

¹⁰¹ RIVERA Y GARRIDO, “En el escenario de *María*”, pp. 161-165. De 11 fotografías “tomadas al natural por el autor”, cuatro son de la casa y las restantes paisajes de El Paraíso.

(1899-1902) fue el catalizador para dar un nuevo significado, reaccionario y jerárquico, a la paz y al orden político y social, con algo más de maquinaria estatal, más aulas de clase, más lectores potenciales, más revistas, nuevos diarios.¹⁰² Así, un nuevo régimen político reaccionario, en que participaban los liberales convivialistas, institucionalizó la novela de Isaacs. En la década de 1930, bajo el régimen Liberal que redefinió las identidades políticas por la vía de ampliar la ciudadanía de la “Colombia triétnica”, empezó la degradación canónica de *María*. Recientemente, resucita de las cenizas.¹⁰³

GUAYABONEGRO Y LA RUPTURA

El contraste entre la consagración literaria dentro y fuera de los confines colombianos y los quebrantos de la carrera personal de Isaacs ofrecen un buen punto a partir del cual discernir la fragilidad de los materiales de que estaba hecho un caballero colombiano del siglo XIX, así como la inestabilidad permanente de los campos político y literario. En la sociedad de buen tono poco valía la pluma sin las armas del comercio y la política, implícitamente armada. La trayectoria de Issacs, como la de sus iguales, no dependía tan sólo del azar de las tramoyas politiqueras y de los riesgos a que estaban expuestas las operaciones mercantiles en un país pobre, exportador de materias primas de precio volátil, marginal en el sistema capitalista, sino del carácter personal, y el suyo parecía reñir con algunas exigencias

¹⁰² PALACIOS, *Entre la legitimidad y la violencia*, caps. 1 y 2.

¹⁰³ RINCÓN, “Sobre la recepción de *María* en Colombia. Crisis de la lectura repetida y pérdida de autoridad del canon (1938-1968)”, recuperado de <http://dintev.univalle.edu.co/cvisaacs/>

mundanales. Para hacer política y negocios había que tener don de gentes; de los pocos testimonios se sabe que, si vehementemente en sus discursos públicos y parlamentarios, nuestro hombre era circunspecto y de talante agriado.

En calidad de liberal radical fue cónsul colombiano en Santiago de Chile en 1871 y 1872. Movido por el sueño de recuperar la fortuna perdida y tomar revancha por la humillante subasta de las haciendas en 1864, regresó a su tierra natal en 1873 acompañado de un nuevo amigo, chileno. En sociedad, y a crédito, los dos adquirieron las haciendas Guayabonegro de Manuel García Echeverri, y Santa Bárbara del Fraile (compuesta de partes deslindadas, Perodías y Coloradas) de Gerónimo Caicedo. Como las de su padre, estas propiedades estaban localizadas en las inmediaciones de Cali y no presentaban adelantos técnicos en los sistemas de producción y mercadeo. El papel del chileno era importar bienes de Valparaíso y distribuirlos en los mercados de la región, operación de la que obtendrían una prima sobre la competencia, aliviando la carga de las deudas.

De la principal fuente disponible del episodio, un alegato de 65 páginas del mismo Isaacs, fechado en Cali en junio de 1875, inferimos que trastabilló al dar los primeros pasos de un negocio: planearlo y saber cómo y con quién hacer sociedad. Desde el comienzo del escrito Isaacs se nos presenta incapaz de prever las consecuencias de las fluctuaciones comerciales, como el precio del tabaco; el efecto de la iliquidez de la economía; la mucha desconfianza con que debían tomarse los planes gubernamentales, en este caso, la construcción del ferrocarril del Pacífico que, sostuvo, había sido la base de toda la operación. Lo del socio chileno es en particular grave porque éste se retiró pronto y

de improviso, dejando la empresa con deudas al descubierto, impagables.¹⁰⁴ De ahí sobrevino una cadena de endeudamientos que terminaron en un sonado caso descrito al comienzo del alegato: “Ya no se especula solamente sobre el fruto de mis tareas penosísimas desde febrero de 1873 hasta hoy; se especula sobre mi honra, y siendo esa honra la de mis hermanos y lo único que podré legarle a mis hijos, defenderla es un imperioso deber” (p. 1).

El memorial da una clave para entender la ingenuidad de Isaacs en relación con los asuntos de la prudencia y las amistades del comerciante, tópico inmemorial del gremio, establecido en la economía política.¹⁰⁵ Quizá podamos explicar sus actitudes de iluso en razón de que su familia había salido del alto círculo caucano. Las dislocaciones del crédito comercial a raíz de la secularización de la tierra (pues los censos de propiedades gravadas en Cali y Palmira se habían redimido desde mediados de la década de 1860), complicadas por la inestabilidad del mercado internacional y los disturbios civiles, trataron de ser paliadas por el Banco del Cauca, fundado en 1873, en el que ya no figuraba la familia Isaacs y al que éste no acudió. Tampoco se advertían progresos técnicos y productivos porque no había incentivos para ello. Así pues, el negocio de Guayabonegro se dio en un contexto de economía de “antiguo régimen” pero sin Iglesia; fue un calvario de iliquidez generalizada en que unos créditos respaldaron otros y las hipotecas garantizaron todo.¹⁰⁶

¹⁰⁴ ISAACS, *A sus amigos y a los negociantes del Cauca*.

¹⁰⁵ SILVER, “Friendship in Commercial Society”, pp. 1474-1504.

¹⁰⁶ ISAACS, *A sus amigos y a los negociantes del Cauca*, pp. 1-10; sobre el contexto y el Banco, véase PRESTON HYLAND, *El crédito y la economía*,

El acontecimiento, y el alegato para justificarse, mellaron más su reputación. Convertido en el hazmerreír de los comerciantes de Cali, fue víctima de consejas que nunca cesaron; hasta llegó a decirse que no era el autor de *María*. Herido su amor propio, se ausentó para siempre de la patria vallecaucana.¹⁰⁷ En esta pérdida quizá se equiparó a Efraín.

Frustrado en su empeño de ser hacendado y comerciante, viajó a Popayán a reforzar la causa del liberalismo radical que acaudillaban su primo, el poeta y filólogo César Conto Ferrer, y Modesto Garcés, sucesivos presidentes del estado del Cauca. Gracias a ellos, Isaacs ocupó secretarías (1875- 1878) y jugó al anticlerical a ultranza, siempre en pie de guerra con la diócesis de Popayán y con los conservadores caucanos por la cuestión educativa y en tensión con los mosqueristas mayoritarios, aliados de conveniencia recíproca.¹⁰⁸ En consecuencia, participó activamente en la guerra de 1876-1877 que puso en evidencia el desgaste del radicalismo. Poco después, su condición de tráfuga político se agravó por la aventura armada que protagonizó en 1880 en el estado de Antioquia a que aludimos arriba; por lo pronto le valió la expulsión de la Cámara de Representantes y de la política activa. Perdidos el respeto y estimación de muchos, se autoexilió en las afueras de Ibagué, gracias a la protección personal de Juan de Dios Restrepo, uno de sus pocos amigos.¹⁰⁹

especialmente los caps. IV a VI. Una interpretación del episodio de Guayabonegro se encuentra en VALENCIA LLANO, “La actividad empresarial”, pp. 7-13.

¹⁰⁷ Véase CARVAJAL, *Vida y pasión de Jorge Isaacs*.

¹⁰⁸ VALENCIA LLANO, “La agitada vida política de Jorge Isaacs”.

¹⁰⁹ Cristina, “Biografía”.

1880 fue, por demás, un mal año para el “liberalismo doctrinario”. Muerto Manuel Murillo Toro, su jefe y guía, Rafael Núñez pudo entreabrir algo más la puerta de la reconciliación política con base en un pragmatismo “positivista” y una estrategia política que sellaba la alianza con la Iglesia y “la reacción ultramontana” que, en manos de Caro, intentaron “conservatizar” al máximo la política y la psiquis nacionales.

Pero nadie estaba perdido en un país cuya cultura política se sostenía en la añeja práctica colonial de mandamases que viven en un ciclo de pendencias y transas públicas, tal y como la narrara Rodríguez Freyle en *El carnero* (1636) y se encuentra en ilustrativos pasajes de su *Revolución radical en Antioquia*. Y mucho menos si, por cuna, se era de clase alta. En 1882 el presidente Núñez, todavía liberal, y a quien había atacado de manera acerba en su largo panfleto de 1880, lo nombró secretario de una “Comisión científica”, empresa modesta que, un poco al estilo de la Comisión Corográfica de Codazzi, buscaba hacer un inventario nacional de “los tres reinos de la naturaleza”. Los comisionados partieron de Bogotá en medio de fuertes disensiones internas que la llevaron al fracaso.

Isaacs, sin embargo, decidió seguir adelante. Transformado en explorador al estilo de la Ilustración, profundizó sus aficiones etnográficas (cultivadas desde su juventud en la tarea de recopilar coplas y expresiones de la lengua popular) y de naturalista. Publicó los resultados en los *Anales de Instrucción Pública* (septiembre-diciembre de 1884) bajo el título de *Estudio sobre las tribus indígenas del Estado del Magdalena, antes provincia de Santa Marta*, que apareció como libro en 1951 y ha tenido ediciones poste-

riores.¹¹⁰ Los especialistas lo consideran un antecedente apreciable de la arqueología, etnografía y lingüística científicas del país.¹¹¹ Pero en el momento caldeado, dispuestas las élites a emprender una nueva guerra civil (1885-1886), recibió una crítica de Miguel Antonio Caro, asombrado porque semejante escrito viera la luz en una publicación oficial y en la que no faltó alguna puya antisemita con base en las actividades mercantiles de los judíos de Curazao en Riohacha.¹¹² El ideólogo y político ultramontano exaltó las virtudes poéticas de Isaacs que, por su espiritualidad misma, le parecían incompatibles con el carácter darwinista, materialista y por lo tanto anticristiano de la obra. Con el sofisma la descalificó y pudo regañar a Isaacs por sus reparos a las Misiones, al padre Rafael Celedón, a su entrega misionera y a su *Gramática, catecismo y vocabulario de la lengua goajira* (1878).¹¹³

¹¹⁰ Se puede consultar en <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/antropologia/tribus/indice.htm>

¹¹¹ Véase, por ejemplo, la “Introducción” de Luis Duque Gómez a esta obra; RUEDA ENCISO, “De la literatura a la etnología”, pp. 337-356.

¹¹² Para críticas contemporáneas del texto de Caro, véase RODRÍGUEZ GARCÍA, *The City of Translation*, pp. 49-50; LÓPEZ JIMÉNEZ, “La politización en las lecturas canónicas”, pp. 77-94.

¹¹³ “[...] El señor Isaacs no hizo, ni ha tenido tiempo para hacer estudios científicos en ninguna parte. Sin previos conocimientos metódicos no hay rumbo ni brújula en ninguna investigación científica. [...] El trabajo del señor Isaacs es una compilación de rasgos poéticos, de largas transcripciones, de comentarios y citas, de observaciones personales. Allí no se destaca ningún pensamiento fecundo: no se desenvuelve ninguna teoría.” CARO, “El darwinismo y las misiones”, pp. 1052-1053. Para un análisis crítico contemporáneo de la obra científica de Celedón (que trata tangencialmente la polémica Caro-Isaacs y Celedón-Isaacs), véase URIBE T., “Pioneros de la antropología en Colombia”.

SALIDA MEXICANA Y DESENLACE

A diferencia de muchos literatos colombianos, quizá la mayoría, Isaacs no se naturalizó bogotano. Realmente pasó poco tiempo en la capital. Aparte de sus cinco años de colegial, vivió una temporada, de 1866 a 1870, en plan de comerciante y como representante a la Cámara por el Tolima; volvió a la misma Cámara en 1877, y en 1879, siendo presidente de la Corporación, junto con otros congresistas fue perseguido y apedreado por las calles por un grupo de clericales exaltados. Sus posteriores estancias en Bogotá fueron esporádicas.

Un intercambio epigramático con José A. Soffia, el literato y político chileno puesto al frente de la legación de su país en Colombia (1881-1886), da cuenta del desafecto de Isaacs por la ciudad capital, en un momento de contrariedad con lo que pasaba en el país político-literario. En “soneto esdrújulo” Soffia invitó a la *crème* letrada a su residencia:¹¹⁴

CONFIDENCIAL

Bogotá, 5 de octubre de 1881.

Siguiendo una costumbre tan simpática
Y que me gozo en aplaudir frenético
Lo invito para el viernes a un poético

¹¹⁴ DONOSO, “José Antonio Soffia en Bogotá”, pp. 84-159; en las pp. 97-120, Donoso transcribe un artículo de Manuel J. Vega, “El Mosaico de 5 e octubre de 1881”, publicado en *El Mercurio* de Santiago de Chile, 28 de abril de 1918, en que rememora el suceso.

Mosaico, sin liturgia diplomática.
 (...)

 Acepte, pues, esta misiva esdrújula,
 Sírvase contestarla en rima idéntica
 Y a esta su casa enderezar la brújula.

Los invitados replicaron en la forma solicitada. El soneto de Isaacs comenzaba:

Lo dicho, dicho! gélida y asmática,
 Sin un ardor, ni estímulo magnético
 En este poblachón pagano-ascético
 Es la vida infecunda y automática.”¹¹⁵

El cronista del asunto, Manuel J. Vega, acusó a Isaacs de tratar “de forma injusta la capital”; podemos inferir, sin embargo, que, avanzada la década de 1880, el caucano ya no soportaba el convivialismo en una república mediocre, postrada a la arrogancia de Caro y su régimen confesional y centralista. En la correría de 1881-1882 salió, sin embargo, el “romántico práctico” que había en él; surgió el descubridor de depósitos minerales que no lo sacaron de la pobreza ni del autoexilio en Ibagué y lo encadenaron a una interminable querrela judicial con el Estado colombiano.¹¹⁶

¹¹⁵ DONOSO, “José Antonio Soffia en Bogotá”, pp. 84-159, 117.

¹¹⁶ Véase Archivo General de la Nación, fondo *Academia Colombiana de Historia*, Colección *Rafael Uribe Uribe*, “Contrato celebrado con el señor Jorge Isaacs sobre la explotación de hulleras y fuentes de petróleo”, 1887-1890, *Asuntos varios. Correspondencia*, c. 1, carp. 5, ff. 277-315.

En carta fechada en Ibagué el 4 de mayo de 1888 se dirige a su admirador don Justo Sierra, el importante hombre público del México porfiriano, y le da cuenta de su proyecto:

Acabé los estudios de la costa felizmente, con mucha fortuna. Las hulleras que descubrí en el Golfo de Urabá (Darién del Norte) son una riqueza fabulosa. Estoy ya asociado para coronar la empresa, contratar en el extranjero, etc., etc., con la fuerte y bien acreditada casa de los Sres. José Camacho Roldán & Compañía. El socio administrador de la casa irá en junio y julio a los Estados Unidos y a Europa, ocupado en esa labor; y en agosto o septiembre me reuniré en la costa con el ingeniero docto que el Sindicato constituido al efecto envíe a estudiar las hulleras. Hallarán que son más de lo que –sobrio en mis informes– he dicho.

Es vía recta ya. Sólo se requiere un último esfuerzo, y *ya está*, como dicen los chilenos. Le prometo que tan luego como deje *organizado* aquí, después, el bienestar de mi familia y el trabajo de mis dos hijos mayores, Lisímaco y Jorge, me dirigiré a los Estados Unidos, para de ahí, ya estudiados por algunos meses, pasar a México. Lo demás dará tiempo.¹¹⁷

Poco avanzó el plan de negocios. El 19 de marzo de 1889 escribe de nuevo a Sierra. Aclaremos que no había nada excepcional en la actitud de Isaacs frente al régimen de Porfirio Díaz. Como sus copartidarios radicales, no le veía perfiles de dictadura sino tres ismos que para todos ellos eran fundamentales: constitucionalismo (había elecciones periódicas), laicismo y federalismo. Además, México progresaba

¹¹⁷ “Cartas de Jorge Isaacs”, en *Obras completas de Alfonso Reyes*, pp. 327-334. También se pueden recuperar en <http://213.0.4.19/servlet/SirveObras/bameric/79160064807029940700080/p0000001.htm>

ba a todas luces. A su vez, los conservadores colombianos y los liberales conservatizados hallarían en la noción porfiriana de “orden” una áncora salvadora.¹¹⁸

En la nueva misiva Isaacs da buena cuenta de los avances de su plan minero, presenta a su amigo y copartidario Juan de Dios Restrepo, se queja amargamente del país, da el paso y pide el Consulado de México:

Si el Sr. General Díaz sabe quién soy, y de lo que puedo hacer juzga, ¿tendría inconveniente para honrarme con el nombramiento de Cónsul General de México en Colombia? ¿Lo permiten las leyes mexicanas? Yo me esforzaría, a fin de servir ese empleo de modo que mi labor no fuese inútil para México; y si algo puede valer mi profunda gratitud, el ciudadano eminente que hoy preside aquella nación tendría, no sólo mi gratitud, sino la de mis hijos y la de los colombianos que me aman.

El pedido no dio frutos y a los pocos años la muerte lo encontró en las oquedades ibaguereñas del río Combeima en plena disputa judicial con el Estado por derechos mineros que trataba de vender a inversionistas extranjeros. Legaba a sus hijos lo que había recibido de su padre: pleitos, que se desatarían en 1920. Claro, les dejó algo más: la gloria de un nombre.

Cuando muere Isaacs, en 1895, Caro apretaba tuercas. Imperturbable y so pretexto de la guerra civil, desterró del

¹¹⁸ “El ejemplo de México” de Porfirio Díaz fue muy influyente en el grupo de dirigentes conservadores. Jorge Holguín, Jorge Roa, Pedro Nel Ospina, Carlos Martínez Silva y Rafael Reyes, entre otros, visitaron México a fines del siglo. Véase OSPINA VÁZQUEZ, *Industria y protección en Colombia*, pp. 330-331.

país al expresidente Santiago Pérez, también gramático, escritor, maestro de juventudes, quien, 40 años atrás, había sido profesor de Lisímaco, Alcides y Jorge Isaacs en el Colegio del Espíritu Santo y, con toda probabilidad, les infundió el amor al teatro (fue autor de varias obras dramáticas), que había sido una de las marcas pedagógicas de la institución.

CODA

“El novelista, ahora, suele manejar la sorpresa. Jorge Isaacs, en *María*, prefirió trabajar con la anticipación y el presentimiento”, apuntó Borges. Abundan las especulaciones sobre el presentimiento de Efraín. Como en otros aspectos de la representación de la vida social, el de la “intuición socio psicológica” fue tratado primero en las novelas. Después se popularizó y finalmente recibió tratamiento sistemático en las ciencias sociales. Robert Merton elaboró el concepto sociológico de la profecía que se cumple a sí misma: “las profecías o predicciones se vuelven parte integral de la situación y afectan así los acontecimientos posteriores”.¹¹⁹ Esta anticipación aparece en el prefacio sollozante y enfermizo de *María* cuando el lector es advertido de que la muerte de la heroína ha segado el idilio; es el presentimiento que trae el *bujío*, ave agoreira (caps. XXXIV y XXXVIII). Después del postrer adiós a la tumba de María, estremecido por el graznido del ave nocturna, Efraín “parte a galope por en medio de la solitaria pampa” (cap. XLV). Cae el velo de la naturaleza encan-

¹¹⁹ Robert Merton citado por BERGER, *Real and Imagined Worlds*, pp. 158-159.

tada y, vendida la hacienda, se desvanece el amor a la patria chica, que de valle florido se transforma en pampa solitaria. Prisionero abyecto del recuerdo, Efraín se nos muestra completamente ajeno al modo de ser de una burguesía conquistadora, máxime cuando Isaacs nunca la dejó en el camino de “modernizarse”, de usar y ejercer el poder político o siquiera de imaginarlo.

Que sepamos, esa no fue la actitud vital de Jorge Isaacs. Como su padre, “no se llevaba mal con la realidad” en el sentido de hacer carrera; además de la gloria literaria, le apostó a ser rico, elegante, científico, caudillo. Para conseguirlo empenó su capital cultural; aprovechó su talento de escritor y sus redes lo mejor que pudo. No llegó. Pero si el viaje es lo que importa, el de este “romántico de lo práctico” fue el de un caballero sin reposo.

REFERENCIAS

ACOSTA DE SAMPER, Soledad

“Misión de la escritora en Hispanoamérica”, en ALZATE y ORDÓÑEZ (comps.), 2005, p. 81.

ALTAMIRANO, Ignacio M.

“La literatura nacional”, en SOMMER, 2004, p. 289.

ALZATE, Carolina y Montserrat ORDÓÑEZ (comps.)

Soledad Acosta de Samper: escritura, género y nación en el siglo XIX, Frankfurt, Iberoamerica-Vervuert, 2005.

ANDERSON, Benedict

Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo, México, Fondo de Cultura Económica, 1993.

ANDERSON IMBERT, Enrique

Historia de la Literatura Hispanoamericana, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, vol. 1.

Antología

Antología colombiana colegida por Emiliano Isaza, París, Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1895, t. I.

BERGER, Morroe

Real and Imagined Worlds. The Novel and Social Science, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.

BERGQUIST, Charles

Café y conflicto en Colombia, 1886-1910. La Guerra de los Mil Días: sus antecedentes y consecuencias, Medellín, Fundación Antioqueña para los Estudios Sociales, 1981.

BORGES, Jorge Luis

“Vindicación de la ‘María’ de Jorge Isaacs”, en *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, xxxvii:1 (223) (mayo 1980), pp. 108-110.

BOURDIEU, Pierre

Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario, Barcelona, Anagrama, 1995.

BOURDIEU, Pierre y Loïc WACQUANT

Una invitación a la sociología reflexiva, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005.

BRAUN, Herbert

Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1997.

CAMACHO GUIZADO, Eduardo

“La literatura colombiana entre 1820 y 1900”, en *Manual de Historia de Colombia*, Bogotá, Procultura, 1982, vol. 2.

La caricatura en Colombia

La caricatura en Colombia a partir de la Independencia, curaduría de Beatriz González Aranda, Bogotá, Banco de la República, 2009.

CARO, Miguel Antonio

“El darwinismo y las misiones”. Recuperado de: http://www.bibliodigitalcaroycuervo.gov.co/52/4/06_Filosofia_Religion.pdf, p. 1052.

CARVAJAL, Mario

Vida y pasión de Jorge Isaacs. En el centenario de María, México, Secretaría de Educación Pública, 1967.

COBO BORDA, Juan Gustavo

La tradición de la pobreza, Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.

COLEMAN, D. C.

“Gentlemen and Players”, en *The Economic History Review*, New Series, 26:1 (1973), pp. 92-116.

COLMENARES, Germán

“*Manuela*, la novela de costumbres de Eugenio Díaz” [publicada inicialmente en 1988 e incorporada póstumamente como último capítulo de] *Partidos políticos y clases sociales*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997, pp. 145-159.

CONWAY, Christopher

“El libro de las masas: Ignacio Manuel Altamirano y la novela nacional”, en OLEA FRANCO (ed.), 2010, vol. 1, pp. 39-58.

CORDOVEZ MOURE, José María

Reminiscencias de Santa Fé y Bogotá, Madrid, Aguilar, 1957.

DAVIS, Robert H.

“Education in New Granada: Lorenzo María Lleras and the

Colegio del Espíritu Santo, 1846-1853”, en *The Americas*, 33:3 (ene. 1977), pp. 490-503.

D'ESPAGNAT, Pierre

Souvenirs de la Nouvelle Grenade, París, Charpentier, 1901.

DEAS, Malcolm

“La presencia de la política nacional en la vida provinciana, pueblerina y rural de Colombia en el primer siglo de la república”, en PALACIOS (comp.), 1983, pp. 149-173.

“Miguel Antonio Caro and Friends: Grammar and Power in Colombia”, en *History Workshop Journal*, 34:1 (1992), pp. 47-71.

Del poder y la gramática y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombianas, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1993.

DONOSO, Ricardo

“José Antonio Soffia en Bogotá”, en *Thesaurus*, XXI:1 (1976), pp. 84-159.

EDER, Phanor

El Fundador. Santiago M. Eder. Recuerdos de su vida y acotaciones para la historia económica del Valle del Cauca, Bogotá, Antares, 1959.

ESCOBAR, Sergio

“Manuela, by Eugenio Díaz Castro, the Novel about the Colombian Foundational Impasse”, tesis de doctorado, Mass., University of Michigan, 2009.

ESCORCIA, José

Desarrollo político, social y económico, 1800-1854, Bogotá, Banco Popular, 1983.

FAVERÓN PATRIAU, Gustavo

“Judaísmo y desarraigo en *María* de Jorge Isaacs”, en *Revista Iberoamericana*, LXX: 207 (abr.-jun. 2004), pp. 341-357.

GARRIDO, Margarita

Reclamos y representaciones, variaciones sobre la política en el Nuevo Reino de Granada, 1770-1815, Bogotá, Banco de la República, 1993.

GELLNER, Ernest

El arado, la espada y el libro. La estructura de la historia humana, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, pp. 126-127.

Guía

Guía de los murales de Diego Rivera en la Secretaría de Educación Pública, presentación y texto de Antonio Rodríguez, México, Secretaría de Educación Pública, 1984.

ISAACS, Jorge

A sus amigos y a los negociantes del Cauca, Cali, Imprenta de Hurtado, 1875.

María, prólogo de Enrique Anderson Imbert, México, Fondo de Cultura Económica, 1951.

María, prólogo de Gustavo Mejía, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1978.

Obras Completas, vol. I, *María*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Universidad del Valle, 2005.

Obras Completas, vol. II, t. I, *Poesía*, edición crítica de María Teresa Cristina, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Universidad del Valle, 2006.

María, edición crítica de Flor María Rodríguez-Arenas, Doral, Fl., Stock Cero, 2008.

JARAMILLO URIBE, Jaime

“Algunos aspectos de la personalidad histórica de Colombia”, en *Historia*, 8, pp. 245-263.

LIDA, Clara E.

“The Democratic and Social Republic of 1848 and its Repercussions in the Hispanic World”, en Guy THOMPSON (ed.), *The European Revolutions of 1848 and the Americas*, Londres, Institute of Latin American Studies, pp. 46-75.

LLERAS CAMARGO, Alberto

Memorias, Bogotá, Banco de la República, El Áncora Editores, 1997.

LOAIZA CANO, Gilberto

“La búsqueda de autonomía del campo literario. *El Mosaico*, Bogotá, 1858-1872”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, xli:67 (2004), pp. 3-19.

LÓPEZ JIMÉNEZ, Carlos Arturo

“La politización en las lecturas canónicas: Miguel Antonio Caro, lector de Jorge Isaacs”, en *Memoria y Sociedad*, 12:25 (jul.-dic. 2008), pp. 77-94.

MARTINEZ, Frédéric

El nacionalismo cosmopolita. La referencia europea en la construcción nacional en Colombia, 1845-1900, Bogotá, Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2001.

MAYA, Rafael

“Jorge Isaacs y la realidad de su espíritu”, en *Revista Iberoamericana*, x:19 (nov. 1945), p. 62.

MCGANN, Thomas F.

“The Assassination of Sucre and Its Significance in Colombian History, 1828-1848”, en *The Hispanic American Historical Review*, 30:3 (ago. 1950), pp. 269-289.

MCGRADY, Donald

“La poesía de Isaacs”, en *Thesaurus*, xix:3 (1964), pp. 419-480.

“Función del episodio de Nay y Sinar en *María*, de Isaacs”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, XVIII (1965-1966), pp. 171-176.

“Introducción”, en *María*, edición de Donald McGrady, Madrid, Cátedra, 1986.

MEJÍA DUQUE, Jaime

Narrativa y neocolonialismo en América Latina. Notas abstractas para una teoría concreta, Bogotá, La Oveja Negra, 1972.

“Jorge Isaacs y la cosmovisión romántica en *María*”, en *Razón y Fábula*, 42 (mayo-jun. 1976), pp. 55-56.

MELZER, Arthur M.

“The Origin of the Counter-Enlightenment: Rousseau and the New Religion of Sincerity”, en *The American Political Science Review*, 90:2 (jun. 1996), pp. 344-360.

MOLLOY, Sylvia

“Paraíso perdido y economía terrenal en *María*”, en *Sin nombre*, 14:3 (abr.-jun. 1984), pp. 36-55.

MORENO GÓMEZ, Jorge Alberto

“Jorge Isaacs y su obra en el audiovisual”, recuperado en <http://www.patrimoniofilmico.org.co/noticias/109.htm#ficha1rg.co/noticias/109.htm#ficha1>

MORROE, Berger

Real and Imagined Worlds The Novel and Social Science, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1977.

MORSE, Richard M.

Resonancias del Nuevo Mundo: cultura e ideología en América Latina, prólogo de Enrique Krauze, traducción de Jorge Brash, México, Vuelta, 1995.

NÚÑEZ SEGURA, José A.

Literatura colombiana: sinópsis y comentarios de autores representativos, Medellín, Bedout, 1952.

OLEA FRANCO, Rafael (ed.)

Doscientos años de narrativa mexicana. Siglo XIX, México, El Colegio de México, 2010, 2 vols.

OSPINA VÁSQUEZ, Luis

Industria y protección en Colombia, 1810-1930, Medellín, E. S. F., 1955.

PACHECO, Margarita

La fiesta liberal en Cali, Cali, Ediciones Universidad del Valle, 1992.

PALACIOS, Marco

“La fragmentación regional de las clases dominantes en Colombia: una perspectiva histórica”, en *Revista Mexicana de Sociología*, LXII:4 (1980), pp. 1671-1672, 1677, 1686.

“La clase más ruidosa. A propósito de los reportes británicos sobre el siglo XX colombiano”, en *ECO, Revista de la Cultura de Occidente*, XLI: 1/2 (254) (dic. 1982), pp. 113-156.

La delgada corteza de nuestra civilización, Bogotá, Procultura, 1986.

“El Estado liberal colombiano y la crisis de la civilización”, en PALACIOS, 1986, pp. 25-60.

“La aparición del Manual de Literatura Colombiana”, en *Revista Universidad Nacional*, 4:17-18 (mayo-ago. 1988), pp. 14-18.

“Los felinos del canciller”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, xxv: 14 (1988), pp. 414-425.

Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1995.

PALACIOS, Marco (comp.)

La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad, México, El Colegio de México, 1983.

PALACIOS, Marco y Frank SAFFORD

Colombia: país fragmentado, sociedad dividida. Su historia, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 2002.

Parnaso Colombiano. Colección

Parnaso Colombiano. Colección de poesías escogidas por Julio Añez, t. I, Bogotá, Librería Colombiana-Camacho Roldán & Tamayo, 1886.

Parnaso Colombiano. Selección

Parnaso Colombiano. Selección de poesías de los líricos contemporáneos coleccionadas por Eduardo de Ory, Cádiz, Empresa “España y América”, 1914.

PÉRUS, François

“*María* de Jorge Isaacs o la negación del espacio novelesco”, en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, xxxv (1987), p. 723.

PRESTON HYLAND, Richard

El crédito y la economía, 1851-1880, traducción de Germán Colmenares, Bogotá, Banco Popular, 1983.

RAMA, Ángel

La ciudad letrada, Montevideo, Ediciones del Norte, 1998.

REYES, Alfonso

Obras completas de Alfonso Reyes, México, Fondo de Cultura Económica, 1956, t. IV.

RINCÓN, Carlos

“Sobre la recepción de *María* en Colombia. Crisis de la lectura repetida y pérdida de autoridad del canon (1938-1968)” recuperado de <http://dintev.univalle.edu.co/cvisaacs/>

RIVAS GROOT, José

“Estudio Preliminar”, en *Parnaso Colombiano*, p. i.

RIVERA Y GARRIDO, Luciano

“En el escenario de *María*”, en *Revista Ilustrada*, año I, 1: 11 (27 mar. 1899), pp. 161-165.

RODRÍGUEZ-ARENAS, Flor María

Bibliografía de la literatura colombiana del siglo XIX, Buenos Aires, Stock Cero, 2006, t. I.

“La representación de Efraín entre la masculinidad y la sensibilidad en María de Jorge Issacs”, en ISAACS, 2008, pp. xxix-xxx.

RODRÍGUEZ GARCÍA, José María

The City of Translation. Poetry and Ideology in Nineteenth Century Colombia, Nueva York, Palgrave, Macmillan, 2010.

RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir

“Borges, lector de *María*”, en *Eco. Revista de la Cultura de Occidente*, xxxvii:1 (223) (mayo 1980), pp. 106-107.

ROMERO, José Luis

Latinoamérica: las ciudades y las ideas, México, Siglo Veintiuno Editores, 1976.

RUEDA ENCISO, José Eduardo

“De la literatura a la etnología”, en *Boletín de Antropología, Universidad de Antioquia*, 21:38 (1996), pp. 337-356.

SAFFORD, Frank R.

“Commerce and Enterprise in Central Colombia, 1821-1870”, tesis de doctorado, Nueva York, Columbia University, 1965.

The Ideal of the Practical. Colombia's Struggle to Form a Technical Elite, Austin, Texas, University of Texas Press, 1976.

SAMPER, José María

Historia de un alma. 1834 a 1881, Bogotá, Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Nelly, 1946, vol. 1.

SÁNCHEZ, Efraín

Gobierno y geografía. Agustín Codazzi y la Comisión Corográfica de la Nueva Granada, Bogotá, Banco de la República, El Áncora Editores, 1999.

SANÍN CANO, Baldomero

Letras colombianas, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

SILVER, Allan

“Friendship in Commercial Society: Eighteenth-Century Social Theory and Modern Sociology”, en *The American Journal of Sociology*, 95: 6 (mayo 1990), pp. 1474-1504.

Sociedad y economía

Sociedad y economía en el Valle del Cauca; , t. III, José ESCORCIA, *Desarrollo político, social y económico, 1800-1854*, pp. 27-28, 36-40, 113-115.

SOMMER, Doris

Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales en América Latina, Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2004.

THOMPSON, Guy (ed.)

The European Revolutions of 1848 and the Americas, Londres, Institute of Latin American Studies, 2010.

TOCQUEVILLE, Alexis de

La democracia en América, París, 1842, 4 vols.

URIBE T., Carlos Alberto

“Pioneros de la antropología en Colombia: el padre Rafael Celedón”, recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/bolmuseo/1986/bol17/boc0a.htm>

“Pioneros de la antropología en Colombia: el padre Rafael Celedón”, recuperado de <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/publicacionesbanrep/bolmuseo/1986/bol17/boc0a.htm>

URIBE-URÁN, Víctor M.

Honorable Lives: Lawyer, Family and Politics in Colombia, 1780-1850, Pittsburgh, Penn., University of Pittsburgh Press, 2000.

VALENCIA LLANO, Alonso

El Estado Soberano del Cauca. Federalismo y Regeneración, Bogotá, Banco de la República, 1988.

“La agitada vida política de Jorge Isaacs”, en *Revista Credencial Historia*, 64 (abr. 1995).

VALENCIA LLANO, Arturo

“La actividad empresarial de Jorge Isaacs” (1995), pp. 4-5, recuperado de: <http://alonsovalenciallano.com/Documentos/Articulos/LA/20ACTIVIDAD/20EMPRESARIAL/20DE/20JORGE/20ISAACS.pdf>

VERGARA Y VERGARA, José M.

“Prólogo”, Jorge Isaacs, *María*, Bogotá, Ministerio de Educación Nacional, Biblioteca Popular de Cultura, 1942, p. 15.

WILDE, Alexander

Conversaciones de caballeros. La quiebra de la democracia en Colombia, Bogotá, Ediciones Tercer Mundo, 1982.

WILKINSON, Rupert H.

“The Gentleman Ideal and the Maintenance of a Political Elite: Two Case Studies: Confucian Education in the Tang, Sung, Ming and Ching Dynasties; and the Late Victorian Public Schools (1870-1914)”, en *Sociology of Education*, 37: 1 (otoño 1963), pp. 9-26.

WILLIAMS, Raymond Leslie

The Colombian Novel, 1844-1987, Austin, University of Texas Press, 1991.

